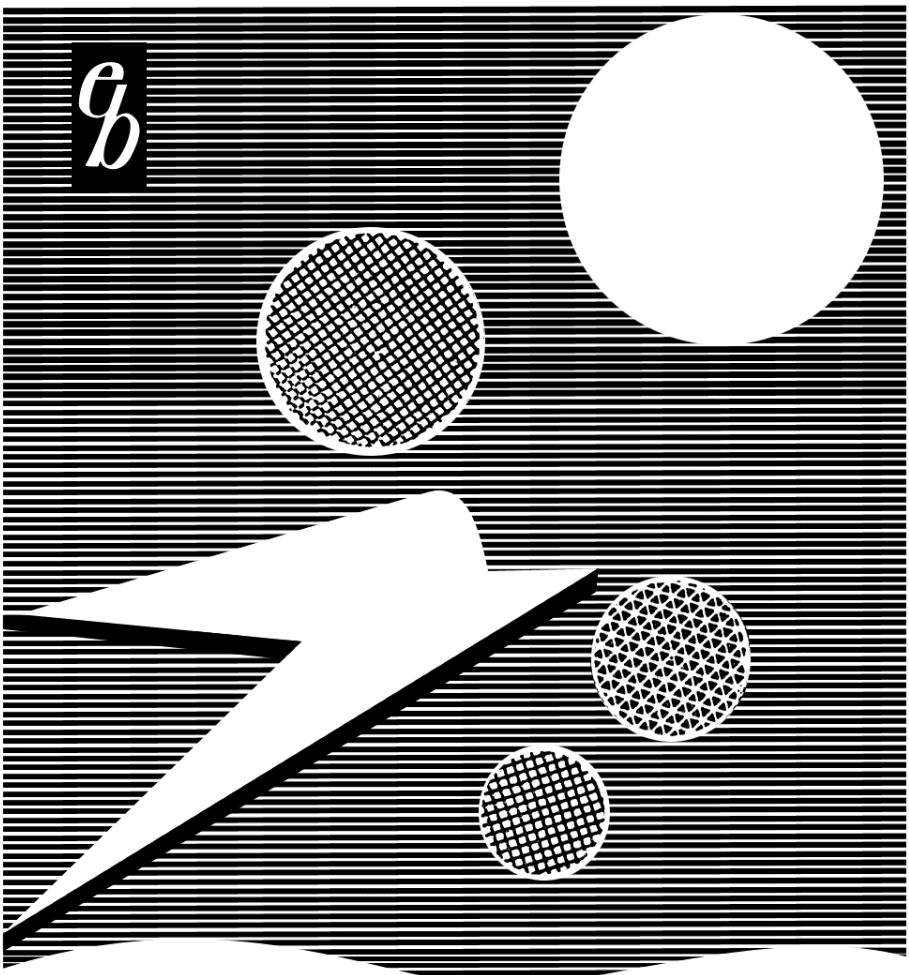
¡TODOS SEREMOS HIPNOTIZADOS!

KEITH LUGER

BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE

LA CONQUISTA DEL ESPACIO



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

28 - Ladrón de robots - *Glenn Parrish*
29 - El 32 de diciembre - *Curtis Garland*
30 - La luz del universo - *Lucky Marty*
31 - Juicio contra un planeta - *Glenn Parrish*
32 - Usted lleva mi cerebro - *Curtis Garland*

KEITH LUGER

¡TODOS SEREMOS HIPNOTIZAD

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 33
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Impreso en España - Printed in Spain
Depósito legal B. 2.976 - 1971

1.a edición: marzo, 1971

© **Keith Luger -** 1971
texto

© **Jorge Samper -** 1971
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1971

CAPÍTULO PRIMERO

Elizabeth Harris estaba viajando hacia Oceanside, en donde tenía que reunirse con su amiga Nancy Palmer.

Elizabeth había salido de Los Ángeles, y Nancy Palmer, de San Diego.

Ambas habían empezado el mismo día sus vacaciones.

Se habían telefoneado antes de iniciar el viaje. Ya lo tenían todo previsto. En Oceanside se alojarían en el motel La Gaviota. Iban a disfrutar de tres hermosas semanas, bañándose en aquella playa californiana, en las aguas del Pacífico, dorándose bajo el sol.

Elizabeth se detuvo en una estación de servicio, en San Onofre, e hizo llenar su tanque de gasolina.

En el bar comió un bocadillo y bebió una cerveza. Finalmente, reanudó el camino.

La carretera corría frente a la playa, muy cerca del mar. Veía las dunas, los arbustos que crecían en la arena.

De pronto, vio a un hombre surgir de una de aquellas dunas. Estaba tambaleándose. Parecía herido, o, quizá, sólo estuviese enfermo.

El hombre estaba a unos treinta metros de ella. Descubrió el automóvil y levantó un brazo. Luego se desplomó, cayendo de bruces sobre la arena.

Elizabeth iba lanzada a setenta millas y empezó a frenar. Su automóvil pasó de largo, frente al hombre que estaba inmóvil, y se detuvo veinte metros más allá,

Elizabeth puso la marcha atrás e hizo retroceder su vehículo, hasta detenerlo cerca de donde estaba el desconocido.

Saltó del auto y se acercó al hombre.

Llegada a su lado, se arrodilló en la arena y cogió al accidentado por el brazo y lo volvió boca arriba.

Elizabeth vio que aquel hombre tendría unos cuarenta años, y era bien parecido. Pero tenía los ojos abiertos, unos ojos que la estaban mirando.

Elizabeth percibió un escalofrío por la espalda al sentir en sus ojos la mirada de aquel hombre.

Elizabeth oyó una especie de zumbido y trató de levantarse.

—Quieta —dijo el desconocido.

Elizabeth había empezado a incorporarse, pero interrumpió aquel movimiento y otra vez se arrodilló.

Trató de apartar la mirada de los ojos de aquel hombre, pero no podía. Una fuerza poderosa la obligaba a mirar los ojos verdosos, que eran ahora de color marrón, pero luego aquel color desapareció y fueron azules, más tarde, el azulado también desapareció, dando paso al rojo. Sí, eran ya unos ojos rojos como ascuas.

Elizabeth seguía oyendo aquel zumbido.

Ya no era dueña de su voluntad, pero todavía percibió algo extraño. La boca de aquel hombre estaba adquiriendo una forma extraña. En un principio, era una boca como la de los demás humanos, con labios y dientes, pero ahora se abrieron aquellos labios y no le vio la lengua, porque lo que vio fue una especie de ventosa, y del agujero de la ventosa salía el zumbido.

Elizabeth sintióse aterrorizada.

—¡Por favor!... ¡Por favor! —exclamó, tratando todavía de luchar contra aquella fuerza que la mantenía paralizada.

Pero el hombre la seguía mirando con sus ojos, que seguían siendo rojos, y la ventosa se iba alargando poco a poco de entre los labios.

Y de pronto, el desconocido alargó su mano y cogió el brazo de Elizabeth, la cual se cubría con un suéter que dejaba sus brazos desnudos.

El hombre acercó la muñeca de Elizabeth a su ventosa, inclinó la cabeza, y la ventosa se apoyó en la piel

Pero la joven ya ni siquiera se estremeció.

La ventosa se pegó a la piel.

El zumbido fue sustituido ahora por el ruido característico de una persona que está absorbiendo un líquido.

Elizabeth seguía inmóvil, los ojos fijos en un punto determinado.

Y aquel extraño hombre, con su ventosa, sorbía y sorbía de la muñeca.

La cara de Elizabeth empezó a arrugarse. Primero fueron unas arrugas pequeñas y luego, cada vez más pronunciadas. Y a las arrugas de la cara sobrevinieron otras arrugas en el cuello.

Y mientras aquel hombre absorbía, Elizabeth iba envejeciendo. Y de los veintitrés años que tenía pasó a sesenta y luego mucho más adelante, porque llegó un momento en que Elizabeth parecía una vieja de ochenta años.

El hombre fue retirando la ventosa hacia su boca, y ya no producía ningún zumbido ni otro ruido.

Dejó libre a Elizabeth y entonces ella perdió el equilibrio y rodó por la arena hasta que un arbusto la detuvo y quedó de bruces, la cara aviejada, hundida en la arena.

La ventosa desapareció en sus labios y ya fue un hombre normal, como cualquier otro hombre que hubiese nacido en la Tierra.

Se levantó con ligereza y respiró profundamente. Su pecho se hinchó y luego exhaló el aire, y siguió respirando como cualquier ser humano.

Se dirigió hacia el coche de Elizabeth, montó en él y lo puso en marcha.

El auto se alejó rápidamente del lugar donde había quedado Elizabeth convertida en una anciana.

Diez millas más allá, en la dirección de San Diego, el extraño hombre detuvo el vehículo a un lado de la carretera y siguió su camino a pie.

Al cabo de una milla, vio un cartel en el que se leía: *Bungalows Meredith*. Había una flecha que indicaba un camino a la izquierda.

El hombre echó a andar por aquel camino y, poco después, vio los bungalows.

Se dirigió a la oficina y entró sin llamar.

Un hombre estaba ante el registro. Era casi calvo que usaba gafas.

—Identificación —dijo.

—Soy U-35.

—¿Por qué se retrasó?

—Sufrí un accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—Iba a desaparecer.

—¿Error en el circuito?

—Sí.

—¿Cómo logró superar su dificultad?

—Encontré a una mujer en el camino y obtuve lo que necesitaba para seguir viviendo.

—¿Se ha atrevido a hacer eso?

—Tenía que hacerlo.

—Me temo que el presidente no opinará como usted, U-35. Usted conocía sus órdenes. Debía llegar aquí sin ser notado.

—Ella no lo podrá decir a nadie.

—Ya lo sé. Pero no podemos consentir una investigación de ninguna clase.

—No darán con nosotros.

—¿Por qué lo dice usted? Su indisciplina es manifiesta, U-35. Tendré que dar parte de usted al Gran Consejo.

—¿Cree que es necesario?

—Absolutamente necesario. Yo también tengo mis órdenes.

—Como quiera, U-8.

El hombre que había sido llamado U-8 marcó un número en el teléfono.

—Por favor, quiero hablar con el presidente del Gran Consejo —hizo una pausa y luego agregó—: Señor presidente, ha llegado U-35... Sí, señor, está aquí conmigo... Pero se encontró con dificultades... Un desarreglo en el circuito... No pidió ayuda. El mismo lo resolvió... Una mujer... Sí, señor presidente... Se lo

comunicaré ahora mismo.

U-8 dejó el auricular en la horquilla y miró fijamente al hombre que tenía delante.

—Tal como esperaba, el presidente no está de acuerdo con sus métodos, U-35.

—Me someteré al juicio.

—Se celebrará esta noche.

—¿Dónde?

—Aquí mismo…

—Debo realizar mi misión.

—Ha quedado suspendida hasta que el Gran Consejo adopte una decisión con respecto a su indisciplina.

U-8 le entregó una llave.

—Considérese arrestado, U-35.

—De acuerdo, U-8.

—Tiene el bungalow número 9, U-35. Enciérrese en él y no salga hasta que se le comunique la hora del juicio.

—Sí, U-8.

—En el bungalow hay fósforos. No los use.

—Tengo mis órdenes precisas en ese sentido.

—Usted tenía más órdenes precisas, y, sin embargo, incumplió una de ellas. La más importante.

—Ya le he dicho…

—No hace falta que lo repita, U-35. Sé perfectamente lo que le ocurrió, pero usted conoce nuestras reglas para un caso de emergencia.

—No pude ponerlas en práctica.

—No se canse ahora, U-35. Espere a la reunión del Gran Consejo para hacer su descargo.

—De acuerdo.

—Ahora váyase.

U-35 salió de la oficina de los *Bungalows Meredith*. Entonces, el hombre calvo que usaba gafas descolgó otra vez el teléfono y marcó un número.

CAPÍTULO II

Nancy Palmer había llegado al motel *La Gaviota* de Oceanside.

Nancy tenía veintidós años y era muy hermosa, el rostro bellísimo, de ojos negros.

Pensó que ya estaría allí su amiga Elizabeth Harris. Preguntó al hombre que atendía el registro, un joven con la nariz llena de pecas, pelirrojo:

—¿Se ha alojado Elizabeth Harris?

—No recuerdo el nombre.

—¿Quiere comprobarlo, por favor?

El pelirrojo comprobó el libro.

—Hemos tenido seis altas, pero ninguna de ellas corresponde al nombre de Elizabeth Harris.

—No debe tardar. Quiero un bungalow con dos camas. La otra es para mi amiga.

—Tenemos uno disponible. El número 16. Puede inscribirse.

Nancy llenó la hoja correspondiente del libro.

—¿Cuánto tiempo van a estar, señorita Palmer?

—Tres semanas.

—Me llamo Jack Fonda, y estoy a su disposición, señorita Palmer.

—Gracias, señor Fonda. ¿Me quiere dar la llave del bungalow?

Jack Fonda se la dio y, cuando Nancy se disponía a salir, se detuvo y dijo:

—Señor Fonda, si viene Elizabeth mándela al bungalow.

—Desde luego, señorita Palmer.

Nancy, después de dejar el auto en la cochera, sacó su equipaje, una maleta, y entró en la casa.

El bungalow tenía un *living* con una chimenea donde había unos leños, un dormitorio con dos camas, y un cuarto de baño.

No era demasiado grande, pero suficiente para ella y para Elizabeth. Al fin y al cabo, pensaban estar casi todo el día en la playa. Para eso habían ido allí.

Estaba optimista. Había empezado sus deseadas vacaciones. Era secretaria de un abogado de San Diego, Rock Bogarle. Había conocido dos años atrás a Elizabeth, que también era la secretaria de un abogado criminalista de Los Angeles. En aquella ocasión, los dos abogados habían competido. Quizá esa fuese una razón para que Elizabeth y Nancy simpatizasen.

Se habían escrito y luego se encontraron media docena de veces en Los Angeles, cuando el jefe de Nancy la llevó con él a la gran ciudad californiana para ventilar asuntos profesionales. Habían acordado reunirse durante aquellas tres semanas en Oceanside. Y para ello lograron que sus respectivos jefes les diesen las vacaciones en la misma fecha.

Nancy tomó una ducha y se vistió con un atuendo deportivo.

Ya estaba oscureciendo, y Elizabeth no llegaba.

Había comprado en el camino un par de periódicos de Los Angeles y, tendida en el sofá, se dedicó a hojearlos. Así pasó una hora.

Ya era de noche.

Nancy empezó a intranquilizarse.

Decidió salir del bungalow y dirigirse la oficina.

Encontró a Jack Fonda leyendo una fotonovela de crímenes.

—Hola, señorita Palmer.

—¿No llegó todavía mi amiga?

—No, señorita. Si hubiese llegado, la habría mandado a su bungalow, como acordamos.

Nancy se mordió el labio inferior.

—Oiga, señor Fonda..., ¿tiene usted noticias de que haya ocurrido algún accidente entre Los Angeles y Oceanside?

—Oh, no, ¿por qué piensa en eso?

—Tengo que pensarlo. Elizabeth ha tenido mucho tiempo para llegar aquí. Acordamos salir a la misma hora.

—¿Qué edad tiene su amiga?

—Veintitrés años..., ¿Qué ha pasado?

—Puede estar tranquila. No es ella.

—¿A qué se refiere?

—Encontraron muerta a una mujer, cerca de la carretera, a unas 35 millas de aquí.

—¿Una mujer?

—Sí, pero ya le he dicho que no tiene por qué inquietarse. La mujer muerta era muy vieja. Imagínese, dicen que tendría unos setenta y cinco u ochenta años.

Nancy dio un suspiro de alivio.

—Caramba, me ha tenido en vilo, señor Fonda.

Jack rio.

—Su amiga llegará de un momento a otro. Quizá tuvo una avería mecánica. Ya sabe.

—En ese caso, me habría telefoneado. Elizabeth

sabe que yo estaría intranquila al no tener noticias de ella.

—Bueno, quizá olvidó llamar.

Nancy no creía que Elizabeth hubiera olvidado llamarla si hubiese tenido una avería.

Dio las gracias a Fonda y se dirigió al restaurante.

Comió despacio, tratando de pensar en las cosas que le habían pasado el día anterior cuando se despidió de la oficina. Por la tarde, había comprado un par de bikinis en un almacén, y el dependiente le había sugerido los más pequeñitos, apenas dos trozos de tela. Y eso la hizo sonreír.

De pronto, oyó una voz.

—Tiene usted una sonrisa maravillosa.

Un hombre estaba delante de su mesa. Era rubio, alto, guapo, de ojos verdes.

—Yo recuerdo su sonrisa, señorita, de modo que nos hemos conocido en alguna parte.

—Lo siento, pero se equivoca.

—¿Lo siente? Estupendo. No lo va a sentir porque en seguida me presentaré. Soy Tony Robins.

—Señor Robins, no tengo ganas de conversar con nadie.

—Eso lo dice usted ahora, pero, en cuanto llevemos un rato juntos, cambiará de idea. Dicen que soy la mar de divertido,

—Señor Robins, no pienso hablar con usted mucho ni poco.

—¿Nada?

—Absolutamente nada.

—¿Por qué es tan dura conmigo?

—Señor Robins, si le estoy partiendo el corazón, por favor, aléjese, no me vaya a manchar de sangre.

El rubio se echó a reír.

—Es lo más ingenioso que me han dicho en el día de hoy, señorita...

—No espere que le diga mi nombre. Y ahora, adiós.

—¿Adiós?

—Adiós.

El rubio dio un suspiro y se llevó la mano al corazón.

—Está bien. No lo vuelva a repetir. Me iré a sangrar a otra parte.

Se alejó, tomando posesión de una mesa de enfrente,

Nancy no pudo por menos de sonreír. Había tipos atrevidos y aquel rubio lo era.

Ya habían terminado de comer. El rubio le hizo una señal desde lejos, como si se estuviese muriendo.

Nancy le contestó levantando la barbilla en un gesto de indiferencia.

Pagó el importe de la comida y salió del restaurante.

Se detuvo otra vez ante el pelirrojo Jack.

—¿Nada, señor Fonda?

—No quiero alarmarla, señorita Palmer. Pero encontraron su coche,

—¿Eh?

—El coche de su amiga.

—¿Y Elizabeth?

—No, a ella no la han encontrado.

—¿Dónde estaba el coche?

—A unas quince millas de aquí.

—¿Quién se lo dijo?

—Un agente patrullero. Le dije que usted estaba esperando a Elizabeth Harris. Iba a entrar en el restaurante en su busca, pero telefoneó primero... Mírelo, ahí lo tiene.

Nancy vio salir de la cabina telefónica a un policía patrullero.

—Señorita Palmer, él es Peter Martin —dijo Jack.

El patrullero hizo un saludo.

—Jack me ha explicado que usted estaba esperando a Elizabeth Harris, señorita Palmer.

—Sí, y Jack me ha dicho que sólo encontraron su coche.

—Así es.

—Pero eso es absurdo.

—Estaba a un lado de la carretera. Me detuve porque, al no ver a nadie en el coche, pensé que podría tener alguna relación con la muerte de la anciana. Jack se lo habrá explicado.

—También me lo dijo.

—¿Sabe si la señorita Harris viajaba sola?

—Ella no me dijo que la acompañarían.

—Pudo recoger a la anciana en el camino.

—¿De qué murió la anciana?

—Todavía no lo sabemos. No se le ve ninguna herida. Su cuerpo fue trasladado a la Morgue para que le hiciesen la autopsia.

Nancy apretó las sienes.

—Dios mío, ¿qué habrá sido de Elizabeth?

—No le habrá pasado nada.

—Pero si el coche estaba a quince millas de aquí, ¿dónde estaba Elizabeth?

—He dado ya el aviso para que la busquen. Esté tranquila, señorita Palmer. ¿Me quiere describir a su amiga?

—Veintitrés años, 1’65 de talla, ojos verdes. Tengo una fotografía de ella.

Nancy abrió el bolso y extrajo una fotografía que se había hecho con Elizabeth en Los Angeles.

Peter Martin observó la fotografía.

—¿Me la puede dejar, señorita Palmer? Nos puede servir de ayuda.

—Desde luego.

—Haremos todo lo posible por encontrar a su amiga cuanto antes. Tendrá noticias nuestras.

El policía se marchó.

Nancy decidió volver a su bungalow.

Estaba muy preocupada por Elizabeth. La policía había encontrado su auto, pero no a Elizabeth. ¿Qué habría sido de ella?

CAPÍTULO III

Nancy, una vez en su bungalow, puso la televisión porque necesitaba entretenerse. Estaban dando un telefilme. Un melodrama, como casi siempre. Ocurría en un hospital. Cuando el protagonista iba a empezar una operación en el quirófano, cambió de canal.

Estaban pasando una película francesa de veinte años atrás. Se trataba de la Segunda Guerra Mundial. Empezó una batalla con cañoneo y vio cómo un soldado saltaba en el aire al hacer explosión un obús.

Otra vez cambió el canal. Un locutor estaba entrevistando a una actriz de teatro.

De pronto llamaron a la puerta.

Nancy se levantó de un salto.

—¡Elizabeth! —corrió a abrir.

Pero en la puerta no estaba Elizabeth, sino el rubio alto y guapo.

—Buenas noches, señorita Palmer.

—¿Otra vez usted?

—Perdone que haya venido, pero pregunté a Jack por usted y me contó lo de su amiga.

—¿Sabe algo de Elizabeth?

—No.

—Entonces, señor Robins, le agradeceré mucho que me deje tranquila.

—Pensé que necesitaría compañía.

—No la necesito.

—Oiga, señorita Palmer, yo no soy un aprovechado —levantó la mano derecha y sonrió—. Lo juro.

—Muy bien, señor Robins, ya ha jurado que es un

buen chico y le creo.

—Estupendo. ¿Me deja ahora pasar?

—No.

—Pero usted ha dicho...

—Sí, he admitido que es un buen chico, pero yo no quiero hablar ni siquiera con un buen chico.

—Como quiera. Pero si cambia de opinión, estoy en el bungalow número 12.

—No voy a cambiar de opinión.

—Que descanse.

El rubio hizo un saludo y se retiró del porche.

Nancy cerró la puerta.

¿Había hecho bien en no invitar a Tony Robins a que entrase? Después de todo, necesitaba compañía, que le hablasen, y hasta que le hicieran reír, porque cada vez estaba más inquieta con respecto a Elizabeth.

Cielos, recordó algunas noticias que había leído en los periódicos, todas referentes a mujeres asaltadas, por jóvenes con motos o por adultos de cerebro tortuoso.

Oh, no, a Elizabeth no le podía haber ocurrido nada de eso.

Se sentó ante el televisor y trató de escuchar el diálogo entre el locutor y la actriz. Ellos se reían, pero Nancy no encontraba el diálogo ingenioso. La entrevista iba acompañada por algunas intervenciones teatrales de la actriz.

Terminó aquel programa y dieron noticias. Primero las de carácter internacional, guerras, el secuestro de un avión, declaraciones del presidente de los Estados Unidos, declaraciones del primer ministro ruso, una

inundación en India...

Una mujer había sido encontrada muerta en la carretera, a unas quince millas de Oceanside, una anciana. No se sabía quién era por no habérsele encontrado encima ningún documento.

Insertaron la fotografía de la anciana.

Su rostro estaba muy arrugado. Sí, debía tener ochenta años.

Nancy iba a apartar la mirada de la pantalla, pero miró con más interés el pecho de aquella anciana. Llevaba un broche muy parecido al que ella había regalado a Elizabeth en su último cumpleaños, cuatro meses atrás.

Se acercó al televisor y tuvo más seguridad. El broche era igual al que ella había comprado para Elizabeth en unos almacenes de San Diego.

La imagen de la anciana desapareció y fue ocupada por la del locutor.

—«Rogamos a las personas que puedan dar informes con respecto a esta anciana, se dirijan a la policía.»

Nancy apagó el televisor.

Volvió a su cuarto, se puso un jersey, cogió su bolso. Montó en él auto y se dirigió hacia la oficina del motel.

Jack la recibió con una sonrisa.

—Hola, señorita Palmer.

—¿Algo nuevo, Jack?

—No.

—¿No ha vuelto Peter Martin por aquí?

—No, señorita Palmer.

—¿Dónde está la Morgue?

—¿Cómo?

—La Morgue de Oceanside, Jack.

—En la calle Lincoln. Está un poco retirada de aquí, a un par de millas hacia la ciudad. Una vez tuve que ir para identificar a un amigo que se ahogó. Pero señorita Palmer, ¿por qué quiere ir allí?

—Tengo que ir.

—Como usted quiera. Le puedo proporcionar un plano de la ciudad.

—Es muy amable.

Jack le entregó el plano, y Nancy salió de la oficina y entró en su coche.

Estudió el plano hasta dar con la calle Lincoln y se puso en marcha.

Llegó a la Morgue en unos quince minutos.

La recibió un empleado de cabello blanco.

—Buenas noches. Soy Nancy Palmer.

—Mi nombre es Douglas Calvet, señorita Palmer. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Quisiera ver a la anciana.

—¿Se refiere a la que trajeron esta tarde?

—Sí, señor Calvet.

—Está bien. Sígame.

Entraron en la sala.

Los cajones estaban en la pared, y Douglas Calvet hizo correr uno de ellos.

—No va a ser muy agradable, señorita Palmer.

Ella se acercó y vio el cuerpo que había en el interior, el de la misma anciana que había visto en la pantalla de televisión. Tenía el vestido puesto, pero ya

no tenía el broche.

—¿Y el broche?

—Se lo llevó la policía. Siempre lo hacen por si ayuda a identificarla.

—¿Le hicieron la autopsia?

—Sí, señorita Palmer.

—¿De qué murió?

—No me lo dijeron. ¿Sabe quién es?

—No. ¿Dónde está la comisaría de policía?

—Dos calles más abajo, en la avenida Santa Bárbara.

Nancy dirigió una última mirada a la anciana. En la muñeca derecha tenía una mancha roja, del tamaño de una moneda de diez centavos.

Douglas iba a cerrar el cajón.

—Espere un momento, señor Calvet.

Se inclinó sobre el cadáver y miró con más atención los zapatos. Eran verdes, y ella había visto a Elizabeth con unos zapatos exactamente como aquéllos. Además, estaba segura de que eran del mismo número. El 37. No, no podía haber tantas coincidencias. El broche, los zapatos. Sí, tenía que hablar con la policía.

—Gracias por todo, señor Calvet.

—De nada, señorita Palmer.

Nancy viajó en el auto hacia la comisaría.

Un policía estaba tratando de separar a dos borrachos, y para eso sujetaba a cada uno por el cuello.

—¡Ya basta, muchachos! ¡Pondré a cada uno en una celda!

Nancy se dirigió a un hombre que estaba leyendo un periódico, sentado en una silla.

—Buenas noches —esperó a que el policía apartase la mirada del papel impreso—. Soy Nancy Palmer y vengo para informar con respecto a la anciana que encontraron muerta en la playa.

—Soy el teniente Spencer Lamont, señorita Palmer. Dígame, ¿ha identificado a la anciana?

—No, pero he identificado dos objetos que llevaba.

—¿A qué cosas se refiere?

—Al broche y a los zapatos. Vi antes ese broche y esos zapatos.

—¿Ah, sí? —el teniente Lamont hablaba con precaución, un poco confundido.

—Teniente Lamont, yo le regalé ese broche a Elizabeth con motivo de su cumpleaños. Y los zapatos de la anciana son exactamente iguales a unos que llevaba mi amiga Elizabeth Harris, la joven que desapareció. Encontraron su coche abandonado a unas millas de Oceanside.

—Entonces, usted debe ser la amiga que esperaba a Elizabeth Harris en el motel La Gaviota.

—Sí, teniente.

—Peter Martin me habló de ello... Todo esto es muy extraño, señorita Palmer.

—A mí también me lo parece. ¿De qué murió la anciana?

—En su muerte hay algo más extraño todavía, señorita Palmer. Se le hizo la autopsia y no se le encontró una gota de sangre.

CAPÍTULO IV

Nancy Palmer estaba asombrada y tartamudeó:

—¿Ni una gota... de sangre?

—Así es, señorita Palmer.

—¿Y a qué se debe eso?

—El forense no lo sabe. No pudo producirse hemorragia. No había ninguna herida.

—Vi una mancha roja en el brazo de la anciana.

—Nosotros también la vimos, señorita Palmer.

—¿Y qué dice el doctor respecto a esa mancha?

—No ha podido concretar nada.

—Teniente, le repito que esa anciana llevaba el broche y los zapatos de Elizabeth.

—¿Supone usted que la anciana asaltó a su amiga?

—Lo habría pensado si no fuese porque la muerta tenía ochenta años. ¿O pudo hacerlo con una pistola?

—Una anciana puede empuñar una pistola.

—Así que, usted piensa en el asalto.

—Sí.

—¡Dios mío, entonces la anciana pudo matar a Elizabeth!

—Di orden de que rastreasen la zona, pero hasta ahora no han encontrado nada.

—Suponga que la anciana tuviese un cómplice y que entre los dos asaltasen a Elizabeth, y que el cómplice matase a mi amiga...

—También he pensado en ello, señorita Palmer, pero hasta ahora no tengo pruebas de lo que realmente pasó, y podríamos estar horas y horas dando hipótesis distintas, y es posible que ninguna fuese la buena.

Váyase al motel y duerma.

—¿Cree que podré dormir?

—Inténtelo. Mañana, a primera hora, pasaré a verla y le informaré de todo lo que haya.

—Está bien, teniente.

Lamont acompañó a Nancy hasta la puerta y se despidieron.

Pero antes de subir al auto, él dijo:

—Señorita Palmer, ¿no ha identificado el vestido de la anciana?

—Es un maxi, y no estoy segura de no habérselo visto a Elizabeth. ¿Qué estaba pensando, teniente?

—Nada, señorita Palmer. Fue una pregunta que se me ocurrió hacerle. Hasta mañana.

Nancy se metió en el auto y regresó al motel.

No pasó por la oficina. Estaba cansada y fue directa a su bungalow. Dejó el vehículo en la cochera. Se disponía a entrar en la casa cuando vio luz en el bungalow 12, donde se encontraba el rubio. Titubeó unos instantes. ¿Por qué no se mostraba más afectuosa con él? Tony Robins era simpático, y se le había ofrecido para hacerle compañía cuando se enteró de que estaba esperando a Elizabeth y que habían encontrado el coche abandonado.

Caminó hacia el bungalow número 12.

Llamó a la puerta y, al cabo de unos instantes, le abrió Tony Robins. Estaba en mangas de camisa.

—Ah, es usted, señorita Palmer.

—Hola. Vengo a disculparme.

—No tiene que hacerlo.

—Estuve muy antipática con usted.

Él sonrió y se le formó un hoyuelo en cada mejilla.

—No diga eso, señorita Palmer. Estuvo usted como yo esperaba que estuviese. Verá, no me gustan las mujeres fáciles, ¿quiere pasar? Acabo de hacer café.

—Gracias.

Nancy entró.

—Siéntese, señorita Palmer.

La televisión estaba en marcha. Un locutor daba noticias internacionales.

Robins le alargó una taza de humeante café.

—¿A qué se dedica, Robins?

—Compro y vendo.

—¿Qué cosa?

—Solares, casas, automóviles... Estoy con una firma que abarca mucha mercancía.

—¿De dónde es?

—De San Francisco.

—¿Casado?

—Oh, no.

Nancy no sabía por qué hacía aquellas preguntas. Quizá porque estaba nerviosa y quería distraerse para no pensar en Elizabeth Harris.

—¿Adónde fue, señorita Palmer? —le preguntó Robins.

—A dar un paseo.

No quería contarle su desagradable visita a la Morgue y lo que había visto allí.

Pero en aquel momento el locutor se refirió al caso.

—«Más información acerca de la extraña muerte de la anciana cerca de Oceanside. Se le ha practicado la

autopsia al cadáver y no se le ha encontrado una gota de sangre.»

La taza de café tintineó en el plato que sostenía Nancy.

—«El teniente Spencer Lamont, encargado del caso, tiene nuevos datos aportados por la señorita Nancy Palmer. Esta información extra se refiere a que la anciana llevaba consigo, en el momento de su muerte, un broche y unos zapatos pertenecientes a Elizabeth Harris, una joven que la señorita Palmer estaba esperando en un motel de Oceanside. La señorita Harris se ha dado por desaparecida porque su coche fue abandonado a un lado de la carretera. Así, pues, gracias a la señorita Palmer, parece que se ha establecido una relación entre la muerte de la desconocida anciana y la desaparición de Elizabeth Harris. El caso se ha convertido en un doble misterio. El teniente Lamont y sus colaboradores continúan las pesquisas y se espera obtener resultados en un breve plazo.»

Robins se acercó al televisor y lo apagó.

—Señorita Palmer, me dijo que había ido a dar un paseo.

—Fui a la Morgue a identificar a la anciana y luego a la policía.

—Y les dijo todo eso. Lo del broche y lo de los zapatos.

—Sí, señor Robins.

El rubio se tironeó de una oreja.

Nancy estaba mirando sus ojos verdes y de pronto le parecieron que no eran verdes, sino castaños.

Robins avanzó hacia ella y entonces, Nancy observó que los ojos de él no eran castaños, sino azules.

Oh, no, no podía ser. Trató de apartar la mirada de los ojos de Robins, pero no pudo.

Él se acercó a la joven y se detuvo ante ella. La seguía mirando fijamente.

Nancy oyó un zumbido. No sabía de dónde procedía, pero ella seguía mirando a los ojos de Robins.

—¿Qué me pasa, señor Robins?

—Nada. No le pasa nada, señorita Palmer.

—Quiero marcharme.

—No puede marcharse.

—Deje de mirarme... Sus ojos...

—¿Qué le pasa a mis ojos?

—Cambian de color.

—¿Cómo los ve, señorita Palmer?

—Azules.

—¿Azules? ¿Está segura?

—Oh, no, no son azules.

—¿Qué color tienen?

—Empiezan a enrojecer.

—Sí, señorita Palmer. Son rojos.

Nancy abrió la mano y dejó caer la taza con el café. Trató de levantarse y él ni siquiera alargó la mano para detenerla. Le bastó con seguirla mirando a los ojos para que Nancy interrumpiese su movimiento y quedase otra vez sentada.

—Le he dicho que no puede irse, señorita Palmer.

—No quiero quedarme.

El zumbido seguía siendo insistente, y Nancy vio que, por entre los labios de Tony Robins, aparecía una cosa larga que parecía una ventosa.

—¡Dios mío! —dijo Nancy, y quedó completamente paralizada.

Robins escondió la ventosa en su boca y continuó hablando.

—Señorita Palmer, tiene que obedecerme.

—Le obedeceré.

—Hará todo lo que yo le ordene.

—Sí, señor Robins.

—Todo, ¿lo oye?

—Sí, señor Robins. Le obedeceré en todo.

—Yo le diré lo que tiene que hacer cuando salga de aquí y lo ejecutará exactamente como yo se lo ordene.

—Sí, señor Robins.

—Cuando salga de mi bungalow, usted irá a por su coche. Repítalo.

—Cuando salga de su bungalow, iré a por mi coche.

—Muy bien, señorita Palmer. Una vez en su coche, usted viajará hacia San Onofre, por la carretera de la costa. Se detendrá a diez millas de Oceanside y sacará el coche de la carretera.

—Sacaré el coche de la carretera a diez millas de Oceanside.

—Luego, señorita Palmer, usted se dirigirá andando hacia la playa.

—Iré hacia la playa.

—Y se meterá en el mar. Poco a poco irá avanzando. El mar es muy hermoso. La irá cubriendo

poco a poco los tobillos, las rodillas, la cintura, y usted seguirá andando, hasta quedar totalmente sumergida. El mar es muy hermoso, señorita Palmer. Allí la acogerán hermosos seres. Le tenderán sus brazos. Usted será muy feliz.

—Seré muy feliz.

—Sí, señorita Palmer. Tendrá toda la dicha del mundo cuando haya dejado de existir. Ahora, levántese.

Nancy se levantó.

Robins seguía teniendo los ojos fijos en Nancy.

—Póngase en marcha, señorita Palmer, y ejecute cuanto le he ordenado.

Nancy dio media vuelta y echó a andar.

Abrió la puerta y salió del bungalow número 12.

CAPÍTULO V

Nancy Palmer se metió en su automóvil y lo sacó de la cochera.

Al pasar frente a la oficina, Jack, que estaba en la puerta, gritó:

—Eh, señorita Palmer, ¿adónde va?

Nancy no le miró.

Jack se encogió de hombros y se metió en la oficina.

Nancy siguió conduciendo su automóvil por la carretera hacia San Onofre, a una velocidad moderada, cincuenta millas por hora.

Se cruzó con varios coches que pasaron por su lado como flechas.

Diez millas más allá de Oceanside, sacó el coche de la carretera por la izquierda, cuando no pasaba otro vehículo y lo detuvo en la arena.

Era noche oscura, ya que la luna había sido cubierta por algunas nubes.

Nancy caminó por la arena hacia la playa envuelta en la oscuridad.

Sólo las olas marcaban un punto de referencia al romper y convertirse en espuma.

Nancy llegó adonde las olas morían y siguió andando.

Penetró en el mar.

El agua subió poco a poco por sus piernas.

Tenía la mirada fija en el horizonte, que era una mancha oscura en la profundidad del océano.

El agua le llegó a la cintura.

Siguió andando.

De pronto, alguien gritó desde la playa.

—Eh, señorita, ¿qué diablos hace?

Pero Nancy no podía oír aquella voz y siguió avanzando.

—¡Señorita! —gritó otra vez aquel hombre—. ¿Es que se ha vuelto loca?

Nancy empezó a sumergir la barbilla.

Era hermoso el mar, muy hermoso, y allí le esperaban unos seres maravillosos que la tomarían en brazos, y todos aquellos seres ejecutarían para ella un ballet. Y ella sería una figura central.

Se sumergió totalmente, y en sus oídos retumbó una música con voces que venían de muy lejos, y entre aquellas voces había una que le susurraba: «Ven con nosotros, Nancy. Ven con nosotros y serás muy feliz».

Sintió que unos brazos la cogían. Tenía que ser uno de aquellos seres que la transportarían a lo más hondo del mar.

* * *

Nancy Palmer despertó.

Estaba en la arena. Tenía frío. Mucho frío. ¿Qué le había pasado?

A su lado vio, sentado, a un hombre que estaba chorreando agua.

—Señorita, cuando quiera suicidarse, elija otro sistema. Mire cómo estoy. Como una sopa.

—¿Qué dice?

—Señorita, dé gracias a que pasaba por aquí con mi camión. Y también tuvo mucha suerte de que yo

fuese un campeón de natación hace algunos años.

—No entiendo.

—¿No entiende?

—Nada.

—Se iba a ahogar, señorita.

—Me duele la cabeza.

—Claro que le debe de doler. Si se descuida un poco, se traga todo el océano.

—Estoy helada.

—Ya lo noté. Cuando la cogí estaba como un témpano.

—¿Me cogió?

—¿Por qué no hace memoria y empieza a decir quién es?

—Nancy.

—¿Qué más?

—Nancy Palmer.

—Yo soy Mike Morgan. Iba conduciendo mi camión, cuando me pareció ver que una mujer se dirigía a la playa. A usted. Estaba cansado, ¿sabe?, y llevaba el camión a poca velocidad. Sí, me estaba muriendo de sueño, pero usted me ha despertado. Con este baño se despertaría hasta un muerto. ¿Por qué quería suicidarse, señorita? ¿Su novio la dejó? Y le pregunto por su novio porque no le he visto anillo de casada.

—No recuerdo.

—¿No recuerda nada?

—Nada.

—Oiga, ¿es que no sabe por qué se iba a matar?

—Oh, no lo sé.

Mike Morgan se rascó el húmedo cabello. Era un hombre de treinta años, alto, de facciones varoniles.

—Vamos, levántese. Iremos al camión y nos calentaremos un poco.

Morgan la ayudó a levantarse y echaron a andar hundiendo los zapatos en la arena.

El camión estaba a un lado de la carretera.

—Suba.

Ella entró en la cabina y Mike dio la vuelta al camión y entró por la otra puerta, la del conductor.

—Sólo falta que la calefacción no funcione —dijo Mike,

Pero funcionaba. Nancy había apoyado la cabeza en el respaldo y tenía los ojos cerrados.

—¿Trajo su coche, señorita Palmer?

—No lo sé.

—Usted no sabe nada de nada.

Nancy recordó a Elizabeth, a la anciana, al teniente de policía y también se acordó del rubio. Tony Robins. Eso es. Ella había ido a su bungalow porque necesitaba hablar con alguien. Y de pronto...

Nancy pegó un chillido.

—¿Qué le pasa, señorita?

—Los ojos. Eran verdes, luego castaños, después azules y, por último, rojos.

—Entiendo, vio un camaleón. Pero un camaleón sólo cambia de color de piel. Nunca he oído que cambie de color de ojos.

—¡No estoy hablando de un camaleón, señor Morgan!

—¿Ah, no?

—¡No!

—¿Y de qué bicho habla?

—¡De un hombre!

—No hay ningún hombre que tenga unos ojos de tantos colores.

Nancy se apretó las sienes e inclinó la cabeza sobre el pecho,

—¿Qué fue lo que él dijo? —murmuró—. ¿Qué fue lo que él dijo?

—¿A quién se refiere? ¿Al tipo de los ojos de colores?

—Sí.

—Ese hombre no existe, señorita Palmer... Usted lo ha soñado.

—¡Existe!... ¡Y está muy cerca de aquí...!

—¿Dónde?

—En el motel *La Gaviota*.

—Sé cuál es. He parado allí un par de veces, ¿Está usted hospedada allí?

—Sí.

—¿Con quién?

—Debía estar con una amiga, pero Elizabeth Harris desapareció. Sí, desapareció y la anciana tenía sus zapatos y su broche.

Morgan la miró con el ceño fruncido.

—Señorita Palmer, ¿adónde quiere que la lleve?

—Al motel *La Gaviota*.

—Oh, no, no puedo llevarla allí.

—¿Por qué no?

—Mire, señorita Palmer, ha debido de salir de un hospital. Palabra que no tengo nada contra usted, pero

debe regresar al hospital.

Nancy lo miró fijamente a la cara.

—Creo que le entiendo, señor Morgan. Piensa que estoy loca.

—Hombre, tanto como loca... Sólo un poco enferma.

—De la cabeza, ¿verdad?

—Señorita Palmer, debe regresar al hospital. La tiene que ver un doctor... Allí la tratarán muy bien.

—¡Le repito que no me he escapado de ningún hospital! ¡Ningún doctor me está tratando!... ¡Mi coche!... ¡Eso es! ¡Yo vine aquí en mi coche!

—¿Dónde dejó el coche?

—Tiene que estar cerca.

—Parece razonable. Debió llegar aquí en un coche.

—Y no lo robé, señor Morgan. Es mío.

Nancy abrió la cabina y saltó a tierra.

—Eh, ¿adónde va?

Nancy no se detuvo. Su auto estaba cerca y lo vio en seguida. Se metió en él y lo puso en marcha.

Mike había corrido detrás de ella.

—¡Espere, señorita Palmer!

Nancy no esperó. Apretó el acelerador y su automóvil partió veloz hacia Oceanside.

Al llegar ante la oficina de Jack, titubeó. No, ¿para qué contárselo a él? Era la policía quien lo tenía que saber.

Se estremeció al ver el bungalow número 12. Todavía había luz.

Procuró no hacer ruido con el coche. Lo dejó ante su bungalow y corrió al interior.

Descolgó el teléfono. En seguida oyó la voz de Jack.

—¿Ya volvió, señorita Palmer?

—Jack, póngame en seguida con la policía.

—¿Qué le pasa, señorita Palmer?

—¡No haga preguntas y póngame en comunicación con la policía.

—De acuerdo, señorita Palmer.

Nancy esperó unos instantes y, al fin, oyó una voz distinta a la de Jack.

—Comisaría de Oceanside.

—Soy Nancy Palmer y quiero hablar con el teniente Lamont.

—Lo siento, señorita Palmer, pero el teniente está ocupado en estos momentos.

—¡No puedo esperar!... ¡Tengo que hablar con el teniente Lamont! ¡Dígale que es urgente!

—Espere un momento, señorita Palmer. Voy a avisarle.

Tuvo que esperar otra vez. Un minuto, dos.

—¿Señorita Palmer? —oyó la voz de Lamont.

—¡Teniente, me ha ocurrido algo espantoso, algo horrible!

—¿Qué fue?

—Venga aquí todo lo aprisa que pueda y se lo contaré.

—Voy para allá.

—Dese prisa, teniente.

—Sí, señorita Palmer.

Nancy colgó el teléfono. Tenía mucho frío. Se sentía helada hasta los huesos.

Vio los leños en la chimenea. Encendió un fósforo y prendió los leños. Tenía que cambiarse.

Entró en su dormitorio y se despojó de la ropa húmeda. Se frotó vigorosamente con la toalla, pero no entraba en calor.

Se puso ropa seca.

De pronto, oyó que la puerta del bungalow se abría. Salió diciendo:

—Teniente...

Y quedó sobrecogida. Su visitante no era el teniente Lamont, sino el rubio Tony Robins.

—¿Por qué no me obedeció, señorita Palmer?

Nancy vio aquellos ojos verdes.

—Le he hecho una pregunta, señorita Palmer. ¿Por qué no obedeció?

Nancy desvió la mirada de los ojos de Robins.

—¡Míreme, señorita Palmer!

Nancy sólo le miraba las piernas.

—Levante los ojos, señorita Palmer.

—¡No, jamás lo haré!... ¡Usted lo hizo!

—¿Qué cosa hice?

—Usted me hipnotizó.

—No diga tonterías, señorita Palmer. Yo no hice tal cosa. ¡Míreme!

—¡No!

Nancy vio las piernas de Robins, que se movían hacia ella.

Entonces se metió en su dormitorio para encerrarse, pero Robins llegó antes y se lo impidió.

Robins la cogió y la sacó del dormitorio tirando fuertemente de ella. La rodeó con sus brazos.

—¡Míreme, señorita Palmer!

Ella se debatía para liberarse, pero los brazos de aquel rubio tenían una fuerza poderosa.

—¡Me va a mirar, señorita Palmer!... ¡Me va a mirar a los ojos!

CAPÍTULO VI

Nancy Palmer pegó un rodillazo en el estómago de Robins y éste retrocedió tambaleándose.

Al quedar libre, Nancy corrió hacia la puerta, pero tuvo que detenerse, porque Robins saltó interrumpiéndole el camino.

—Ahora me va a mirar, señorita.

Ella no podía mirarle. Sabía que no podía hacerlo porque si lo hacía vería otra vez cambiar el color de los ojos, de verdes a castaños, luego azules y más tarde rojos. Y entonces, él le podría ordenar hacer cuanto quisiese.

Robins se echó a reír.

—Vamos, señorita Palmer, está usted en mi poder. No puede huir a ninguna parte. Seré bueno con usted. Palabra que seré bueno.

Nancy siguió retrocediendo hasta llegar junto a la chimenea.

Vio las piernas de Tony Robins que seguían acercándose.

—¿Por qué no es dócil, señorita Palmer?

—Usted ordenó que me metiese en el mar. Usted quiso que yo me ahogase. ¿Por qué?

—Porque hizo lo que no debía.

—¿A qué se refiere?

—Debió olvidar a su amiga Elizabeth.

—¿Qué le pasó a ella?

—Uno de nosotros la necesitó.

—¿Para qué la necesitó?

—Para seguir viviendo.

—¿Quiénes son ustedes?

—Deje de hacer preguntas y míreme.

Otra vez empezó a avanzar hacia Nancy.

La joven se inclinó suavemente y cogió un leño encendido.

—¡Deje eso, señorita Palmer!... ¡Déjelo!

Nancy arrojó el leño contra el rubio.

El ardiente leño golpeó contra el pecho de Robins y, entonces ocurrió algo insólito. El rubio, desde los pies a la cabeza, empezó a arder súbitamente como si hubiese estado impregnado de petróleo.

Nancy alzó la mirada y pudo verlo, gesticulando, debatiéndose entre aquella llamarada que le rodeaba por todas partes y que brotaban de su propio cuerpo.

Nancy quedó paralizada por el terror.

Vio cómo el rostro del rubio se aviejaba. El rubio había tenido una cara de facciones correctas, juveniles, y empezó a envejecer, a llenarse de arrugas, como si decenas de años estuviesen transcurriendo en pocos segundos.

—Oh, no —murmuró Nancy, con un hilo de voz—. ¡No!

Tony Robins continuaba avejentándose más y más.

Y, de repente, en un momento determinado, fue desapareciendo, convertido ya en una momia.

Nancy vio, asombrada, que en el suelo de la habitación no quedó ningún resto de Tony Robins. Ni siquiera un puñado de polvo. Sólo el leño que estaba quemando la moqueta.

En aquel instante, se abrió la puerta y entró el teniente Lamont.

—¡Señorita Palmer!

—¡Teniente!

Lamont vio la moqueta que ardía y corrió. Empezó a pisarla hasta que la apagó. Tomó el leño y lo arrojó a la chimenea.

—¿Qué ha pasado, señorita Palmer? ¿Por qué ha intentado pegar fuego al bungalow?

Nancy respiraba entrecortadamente.

—Sólo le pegué fuego a él.

—¿A él?

—¿Al rubio?

—¿De qué rubio habla?

—De Tony Robins, el huésped del bungalow número 12. Él me ordenó que me metiese en el mar y me ahogase.

Lamont exhaló el aire. Se acercó a Nancy y la tomó por el brazo.

—Tranquilícese, señorita Palmer.

Ella lo miró a los ojos y se estremeció de pies a cabeza, porque recordó que no había querido mirar a los ojos de Tony Robins. De pronto, pensó que el teniente podía ser uno de «ellos».

Miró rápidamente hacia otro lado.

—¿Qué le pasa, señorita Palmer?

—¿Quién es usted?

—¿No sabe quién soy? El teniente Lamont. Usted me mandó llamar, señorita Palmer. ¿Qué pasó?

Nancy habló sin mirarle a los ojos.

—El rubio me hipnotizó. Dijo llamarse Tony Robins. Quiso hacerse el simpático conmigo. Sólo trataba de controlarme… Y, al fin, lo consiguió. Quiso

matarme lo mismo que mataron a Elizabeth... Ellos lo hicieron.

Lamont la zarandeó.

—Señorita Palmer, no tiene ningún sentido lo que está diciendo. Míreme a los ojos.

Sí, le había dicho que la mirase a los ojos, igual que el rubio. El teniente era uno de «ellos».

Nancy dio un fuerte tirón y se libró de Lamont. Echó a correr hacia la puerta.

—¡Deténgase, señorita Palmer!

Sin embargo, ella abrió la puerta y salió del bungalow.

Chocó contra un cuerpo humano y pegó un chillido.

—Nancy.

Levantó la mirada y vio el rostro de aquel camionero, de Mike Morgan.

—Defiéndame, Mike.

—¿Contra quién?

—Contra él —señaló el interior del bungalow.

—No veo a nadie, señorita Palmer, pero la defenderé contra quien sea.

Nancy oyó pasos, y el teniente Lamont apareció en el hueco de la puerta.

—Eh, amiguito —le dijo Morgan—, ¿por qué está molestando a la señorita?

—¿Quién es usted?

—Así que pregunta quién soy...

—Sí, eso le estoy preguntando.

—Me llamo Mike Morgan y voy a ser el tipo que le rompa la nariz.

—Pues se la romperá a un policía.

—¿Cómo ha dicho?

—Soy Spencer Lamont, teniente de la policía de Oceanside.

—¿Es cierto, Nancy?

—Eso es lo que él dice.

—De modo que suplantando a la policía, ¿eh, amigo? —rezongó Mike Morgan—. Pues ya no le voy a romper la nariz. Le voy a romper la cara.

—Será mejor que se contenga, señor Morgan, o lo mando a la cárcel.

Nancy levantó la mirada fijándola en los ojos del camionero. No, él no podía ser uno de «ellos». Le había salvado la vida sacándola del mar. Podía confiar en él.

—Mike, lo volví a encontrar.

—¿A quién?

—Al rubio de los ojos cambiantes..

—¿Se refiere al fulano que tenía los ojos verdes, luego castaños y luego azules.

—Al final eran rojos.

—¿Es él? —Mike señaló a Lamont.

—No, no es él.

—¿Dónde está ese camaleón?

—Lo hice arder.

—¿Cómo ha dicho?

—Que le prendí fuego con un leño y él ardió. Empezó a envejecer. Su piel se puso arrugada como la de un anciano de cien años. Y luego continuó consumiéndose y ardiendo, y al final no quedó nada.

Morgan se mojó los labios con la lengua. Miró a

Lamont.

—¿Es de verdad teniente de la policía?

Lamont sacó su credencial y la mostró a Morgan.

—De acuerdo, es usted el teniente Lamont. Dígame qué le ha pasado a ella.

—Ha sufrido un fuerte *shock*. Estaba esperando a una amiga, Elizabeth Harris, y ella no compareció. Encontramos su auto abandonado.

—¿Eso es todo?

—No, hay algo más, Morgan. Encontramos el cadáver de una anciana. Y, según la señorita Palmer, esa anciana llevaba un broche y unos zapatos que pertenecen a Elizabeth Harris.

Nancy escuchaba aquel diálogo llena de congoja. No la creían, y nadie la creería.

—¡Teniente! —gritó—. ¡El rubio me hipnotizó para que me ahogase en el mar!

Mike Morgan habló rápidamente.

—Teniente, yo saqué a esta mujer del mar.

—¿Qué es lo que dice?

—Ella estaba a punto de ahogarse. La vi meterse en el mar con toda naturalidad, andando. Le grité desde la orilla para que volviese, pero no lo hizo. Yo tuve que arrojarme en su busca. Menos mal que la pude alcanzar antes de que se ahogase.

—Gracias, Mike —dijo Nancy—. ¿Me cree ahora, teniente? ¡Le juro que el rubio me hipnotizó!

—Usted estaba muy afectada por la desaparición de su amiga y no debió ir a la Morgue.

—Entiendo; según usted, el cadáver de la anciana me impresionó.

—Es lógico que se sintiese muy afectada. Señorita Palmer, tenemos un hospital en Oceanside.

—¿Un hospital de locos?

—No, un hospital general.

—No, continúe, teniente. Quiere llevarme allí para que sea sometida a un tratamiento.

—Sólo quiero que la vea un doctor y la examine.

—Teniente, si yo le digo al doctor todo lo que he visto esta noche, me pondrá una camisa de fuerza... No, gracias. No iré a su hospital.

—¿Quieren esperarme aquí? —dijo el teniente—. Echaré un vistazo al bungalow número 12. ¿Es el del rubio, no, señorita Palmer?

—Sí.

—Volveré en seguida. No se muevan.

El teniente se fue hacia el bungalow número 12.

Nancy y Mike quedaron a solas, en el porche.

—Gracias por haber venido, señor Morgan.

—Ya le dije que estaba muy cansado. Y he decidido pasar aquí la noche. Ande, entremos.

Nancy se estremeció.

—¿Ahí dentro?

—¿No es su bungalow?

—Sí.

—Usted dijo que el rubio se convirtió en ceniza.

—No, señor Morgan, no quedó del rubio ni eso.

—Entonces, no debe tener miedo.

Nancy se dio cuenta de que Mike Morgan le seguía la corriente, quizá porque tenía compasión de ella.

Los dos entraron en el bungalow.

Nancy se detuvo mirando el lugar donde estaba la

moqueta quemada. Había deseado que todo fuese un sueño o una pesadilla. Pero allí estaba la prueba de que estaba viviendo un trozo de su vida real. El rubio Tony Robins había entrado en el bungalow. Había hablado con ella. Había tratado de conseguir que la mirase otra vez a los ojos y ella se defendió de él hasta que, al verse acorralada, cogió un leño encendido de la chimenea y lo lanzó contra Robins. Entonces, él ardió mientras envejecía.

—Sigue estando helada, Nancy —dijo Morgan—. Necesita un trago.

—No tengo whisky.

—Yo iré por una botella.

—¡No, no se vaya!

—Volveré en seguida.

—No, por favor, no me deje sola. El teniente va a volver.

—¿Es que le tiene miedo al teniente?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque puede ser uno de «ellos».

—¿Quiénes son «ellos»?

—No lo sé. Pero «ellos» mataron a Elizabeth.

—Vamos, cálmese, señorita Palmer.

No, tampoco Mike Morgan la creía. Su historia era absurda. Completamente absurda.

El teniente entró en el bungalow. Cerró la puerta.

—¿Ha encontrado a Tony Robins? —preguntó Nancy.

—No.

—No lo podía encontrar porque ardió aquí.

—Señorita Palmer, como no encontré a Tony Robins en el bungalow y tampoco ninguna maleta, hablé con Jack.

—¿Y qué?

—Tony Robins se despidió hace media hora. Dijo que se iba.

—¡No se había ido cuando yo llegué de la playa! ¡La luz estaba encendida! Yo entré en este bungalow y lo llamé a usted. Luego encendí la chimenea y fui al dormitorio a cambiarme de ropa porque la tenía empapada. ¿No lo recuerda, teniente? Mike Morgan me sacó del mar. Y cuando acababa de cambiarme, oí que la puerta se abría. Pensé que era usted y salí al *living,* pero la persona que había entrado aquí era Tony Robins... Se asombró al verme viva, porque él me había ordenado que me sumergiese en el mar. ¿Lo entiende, teniente? ¡Me había hipnotizado para lograr su propósito! Y le falta saber algo todavía, teniente. Tony Robins me confesó por qué Elizabeth estaba muerta. Uno como «él» la había matado para continuar él viviendo. ¿Lo oye, teniente? ¡Mi amiga Elizabeth Harris está muerta!

El teniente y Mike Morgan estaban inmóviles, escuchando a Nancy. Ninguno de ellos dijo nada cuando la joven terminó de hablar.

—Será mejor que descanse, señorita Palmer —dijo Lamont—. Duerma. Mañana hablaremos.

—¿Mañana? ¿Cree usted que habrá un mañana para mí?

—Ya no debe temer nada de Tony Robins, puesto que se marchó.

—No se marchó, teniente. Ardió como la hierba seca.

Lamont sacudió la cabeza en sentido afirmativo.

—De acuerdo, señorita Palmer, pero ahora debe dormir.

—Me da la razón como si estuviese chiflada. Sé que, para usted, Tony Robins se marchó en su automóvil. No me creería ni en un millón de años que estuve aquí con él y que lo destruí.

—Lo siento, señorita Palmer, pero soy un policía, y un policía se basa en hechos reales.

—¿Y cuántos hechos reales hay para usted en este caso, teniente?

—Primer hecho real: Encontramos a una mujer muerta, y me estoy refiriendo a la anciana. Segundo hecho real: Encontramos un coche abandonado, del que era propietaria su amiga Elizabeth Harris. Tercer hecho real: No hemos encontrado a su amiga.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—¿Y qué me dice de los zapatos y del broche que tenía la anciana?

—Usted se sugestionó y ha establecido una relación entre el cadáver de la anciana y su amiga.

Nancy, al oír aquellas palabras, sintió que el corazón le daba un vuelvo. Vio mentalmente a Robins ardiendo, convirtiéndose en anciano, y, simultáneamente, vio el cadáver que estaba en aquel cajón de la Morgue, con los zapatos y el broche de su amiga.

—¡Dios mío, es ella!

—¿A quién se refiere?

—¡A la anciana! ¡Es Elizabeth Harris!... ¡Ella es Elizabeth Harris! ¡Tony Robins lo dijo!... ¡La habían usado para que uno de «ellos» no muriese y le extrajeron la sangre!... ¡Fue así cómo pasaron las cosas!

Nancy sintió que las piernas se le aflojaban y que perdía el sentido. Habría caído al suelo, si Mike Morgan no la hubiese sostenido en sus brazos.

CAPÍTULO VII

—Se abre el juicio sumarísimo contra U-35 —dijo el presidente del Gran Consejo.

El acto se celebraba en una gran sala.

Delante, en los estrados, había cinco hombres. El de en medio, era el presidente.

El acusado estaba en pie. A la derecha se encontraba el fiscal. El presidente, con un gesto, le concedió el uso de la palabra.

—La misión del grupo de asalto ha sido traicionada por U-35. Cincuenta de nuestros seres hemos llegado al planeta llamado Tierra para iniciar su conquista. Durante muchos años, nos hemos preparado minuciosamente. Los planes de asalto fueron trazados de acuerdo con las características de los seres humanos. El problema más importante con que tuvimos que enfrentarnos fue nuestra imposibilidad de adaptación a la atmósfera terrestre. Nuestros sabios trabajaron concienzudamente. Les resultó fácil superar la primera parte, conseguir la forma humana. Gracias a nuestra ciencia, eso fue logrado en unas condiciones óptimas. Pero la segunda parte resultó terriblemente complicada. Nuestra figura humana necesitaba algo que en los terrestres es sustancial para su supervivencia. La sangre. Nuestros sabios siguieron trabajando incansablemente, tratando de descubrir una sangre que fuese igual a la de los humanos. Una y otra vez se hicieron ensayos. Nuestros científicos combinaron en los laboratorios los ingredientes de la sangre, las proteínas, el sodio, los cloruros, el potasio,

el calcio, los ácidos grasos, pero en la sangre humana hay una sustancia que nosotros no podemos asimilar, una sustancia que para nosotros resulta un veneno. El fósforo.

El fiscal hizo una pausa, luego prosiguió:

—Nuestros científicos tuvieron que dar con una solución de emergencia. Nuestra sangre no podía contener fósforo. Eso era definitivo. Ellos lo suplieron con ingeniosidad. La acción del fósforo en la sangre sería sustituida por las radiaciones. Pero las radiaciones no son eternas, y por ello debemos sometemos cada quince días a los efectos de una radiación. De esa forma, nos dispusimos a conquistar la Tierra. No podíamos usar nuestras armas, porque aquí no son efectivas. Teníamos que valernos de esa poderosa energía que emana de nuestra voluntad y que se transmite por nuestros ojos. Para conquistar la Tierra, debíamos hipnotizar a los humanos. A eso hemos venido. No bastaba con nuestro poder individual, porque eso nos había llevado mucho tiempo. Por eso estamos construyendo nuestra máquina de hipnosis. Una máquina que, al ponerla en marcha, proyectará una voz por todo este planeta. Una voz que parecerá llegar del cielo y que inutilizará a los humanos hasta producirles la hipnosis. Los que compusimos el grupo de asalto fuimos aleccionados al objeto de que los humanos no pudiesen sospechar que habían sido invadidos por seres de otro planeta. Nuestras órdenes estrictas han sido incumplidas por U-35. Una de esas órdenes estableció que, si en nuestro cuerpo sobrevenía un fallo, debíamos estar

prontos al sacrificio. Si la sangre de uno de nosotros enfermaba, sobrevendría la extinción. Todo eso lo sabíamos y aceptamos cumplir nuestro trabajo con todos sus peligros. La sangre de U-35 falló. No le fue posible llegar a este lugar para someterse a una radiación y debió extinguirse. Pero descubrió a una mujer en su camino y, olvidándose de sus deberes y de las órdenes que había recibido, quiso apoderarse de la vitalidad y de la sangre de esa mujer, y ahora, U-35 está contaminado. Con su conducta repudiable nos ha puesto a todos en peligro. Transformó a una mujer joven en una anciana y sólo logró que su sangre se contaminase con el fósforo. Sabemos que U-35 puede extinguirse de un momento a otro si no lo sometemos a la radiación, y yo propongo que esa radiación no le sea concedida, y que el fósforo que introdujo en su organismo sea quien acabe con él.

Hubo un silencio. El presidente se dirigió al acusado.

—U-35, ¿tiene algo que alegar?

—Sí, señor presidente.

—Hable.

—Admito que he incumplido las órdenes, pero no lo volveré a hacer. Suplico indulgencia. Necesito inmediatamente ser sometido a las radiaciones. El fósforo ya empieza a abrasarme. Por favor, señor presidente, no demore más mi tratamiento. He hecho un buen trabajo, y creo que merezco esta oportunidad de seguir viviendo.

El acusado ya no dijo nada más.

El presidente consultó con sus compañeros en voz

baja, y luego carraspeó fuerte y dijo, mirando a U-35:

—No podemos ser benévolos con una desobediencia tan manifiesta. El destino de los seres de nuestro planeta está en nuestras manos. Ser indulgente con usted, U-35, sería tolerar la traición. Nuestros principios no pueden ser quebrantados por nadie. Considerando todos los hechos, este tribunal le condena a la extinción.

—¡No!

U-35 se acercó al tribunal, tambaleándose.

—Por favor, señor presidente, estoy en el lugar donde, sometido a la radiación, podrán desaparecer los efectos del fósforo... ¡No quiero morir!... ¡Yo no quiero morir, señor presidente!

U-35 cayó de rodillas y se llevó las manos a la garganta.

—¡No quiero morir!

De pronto, brotó una llamarada de su cuerpo.

U-35 soltó un aullido espeluznante.

Los miembros del tribunal le contemplaron impasibles.

U-35 empezó a envejecer entre las llamas.

Su piel se arrugaba rápidamente. Brotó una última llamarada de su cuerpo y todo él se extinguió, sin dejar la menor huella.

El presidente del Gran Consejo rompió el silencio que había acompañado a la ejecución de la sentencia.

Una lámpara se iluminó en el fondo, dejando ver a un grupo de aquellos seres con apariencia humana.

—Ciudadanos de la Galaxia Amarilla —dijo el presidente—, U-35 ya no existe, pero con ello no

hemos soslayado el peligro. Su conducta ha hecho arriesgar nuestra misión. Una joven llamada Nancy Palmer ha descubierto, según nuestros últimos informes, la relación entre la anciana muerta y su amiga Elizabeth Harris. Para ella, son la misma persona. Esta era la clase de riesgo que no podíamos correr, y por ello dimos orden a U-42, llamado en este planeta Tony Robins, para que acabase con Nancy Palmer. Pero U-42 fracasó, porque Nancy Palmer lo destruyó con el fuego. Ahora, ella se encuentra en un hospital de Oceanside. No podemos consentir que esa joven nos haga daño. Uno de vosotros ha de ir allí, hipnotizar a esa joven y obligarla a que se arroje por la ventana. Para los humanos, será un suicidio. De esta forma, lograremos terminar con el peligro en que nos puso U-35. Nuestro plan podrá continuar. Falta muy poco para que nuestra máquina de hipnosis quede completa. Es cuestión de muy pocas horas que, al fin, podamos cumplir nuestra misión, y todos los habitantes de la Tierra queden sometidos a la hipnosis.

CAPÍTULO VIII

Nancy Palmer vio a un hombre que se le acercaba.

—Esté tranquila, señorita Palmer.

—¿Quién es usted?

—Un amigo suyo.

—No lo conozco.

—He venido a ayudarla.

—¿Dónde estoy?

—En un hospital.

—¿Por qué me han traído aquí?

—Para sanarla.

—Oh, no, yo no estoy enferma.

—Lo está, señorita Palmer.

—¿Qué me pasa?

—Usted ha visto cosas extrañas.

—Oh, sí, eso es cierto... Aquel hombre, Tony Robins, me hipnotizó... Quiso ahogarme. Pero un hombre, Mike Morgan, me sacó del mar y luego encontré de nuevo a Tony Robins y trató de hipnotizarme otra vez...

—Fíjese en mis ojos.

—¡No!...

—Le ordeno que se fije en mis ojos,

Nancy quiso luchar. Sabía que no podía mirar a los ojos de aquel hombre, porque le volvería a pasar lo mismo que con Tony Robins, que él se adueñaría de su voluntad.

—¡No, no miraré a sus ojos!... ¡Socorro!... ¡Auxilio!

Nancy despertó.

Alguien la sujetaba por los brazos.

—Cálmese, señorita Palmer.

—¡Socorro!

—Soy Mike Morgan, señorita Palmer. ¿No se acuerda de mí?... Míreme.

Nancy pensó que la estaban engañando, que aquel hombre no era Mike Morgan, pero él la zarandeó. Y entonces, Nancy vio su rostro. Sí, era Mike Morgan.

—¿Qué pasó, Mike?

—Tuvo una pesadilla.

—Oh, sí. Un hombre me iba a hipnotizar, como Tony Robins...

—Olvídese ya de Tony Robins. Se marchó.

—No, Mike, no se marchó. Pero no espero que usted me crea. —Nancy miró a su alrededor. Se encontraba en una cama, en una habitación que no había visto hasta ahora—. ¿Dónde estoy? —preguntó como en un sueño.

—En el hospital de Oceanside. Se desmayó, señorita Palmer. La trajeron en una ambulancia y yo la acompañé. Convencí al teniente Lamont para que me dejase acompañarla.

Nancy dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—Oh, Mike, esto es horrible.

—He hablado con el doctor Colman.

—¿El doctor Colman?

—Es el que la asiste.

—¿Y qué dijo el doctor?

—Que usted sobre *shock* emocional por la desaparición de su amiga Elizabeth.

—¡No desapareció, Mike! ¡Está muerta! ¡Fue

convertida en una anciana!

—No puedo pensar en eso seriamente, Nancy. Oiga, yo no he estudiado ninguna carrera. Hice estudios, aunque no pude llegar a la Universidad. Pero tengo cerebro y hay cosas que son difíciles de admitir. Una de ellas es la de que una joven de veintitrés años se convierta en una anciana de ochenta, ¿no le parece, Nancy?

—¡Lárguese!

—¿Por qué?

—Vino para ayudarme.

—Sí.

—No me puede ayudar en nada, Mike. Le he dicho que la anciana y Elizabeth son una misma persona y lo son. ¿Es que no se da cuenta...? Le quitaron a Elizabeth la sangre y yo sé ahora con qué lo hicieron.

—Dígamelo con qué.

—Con la ventosa.

—¿Con qué ventosa?

—Con la que ellos tienen en la boca.

—Nancy, por favor...

—¿Cree que no estoy en mi sano juicio...? Ande, dígalo de una vez. Diga que estoy loca.

—No, no creo que lo esté.

—¿Lo dice de verdad?

—De verdad. He conocido a varias personas que perdieron la razón, pero ninguna se parecía a usted, quiero decir en su forma de comportarse... Claro que usted dice cosas bastante raras, pero las dice con una naturalidad pasmosa, como si estuviese hablando de beisbol o de cine.

Nancy sonrió.

—Gracias, Mike.

Mike se frotó la nuca.

—¿Cómo está tan segura de que ellos usan una ventosa?

—Porque se la vi a Tony Robins.

—Pero usted conserva toda su sangre.

—Tony Robins no quería mi sangre. Sólo quería hacerme desaparecer. Usó la ventosa para producirme la hipnosis. La ventosa emite un zumbido. Gracias a ese zumbido, completó la hipnosis.

—Y con su amiga la utilizaron para sacarle la sangre.

—Sí, Mike. La anciana tenía una mancha en la muñeca. El tamaño de la mancha corresponde a la ventosa que le aplicaron allí para extraerle la sangre.

Mike dio unos pasos por la habitación y se acercó a la ventana.

—¿Sabe lo que se ve desde aquí, Nancy...? Un jardín. Hay pacientes con familiares o amigos que están tomando el sol.

—Dios mío, ya ha pasado la noche.

—Sí, Nancy. Son las nueve y media de la mañana. Como le iba diciendo, desde aquí se ve un trozo de nuestro mundo. Y ahí fuera no ocurre nada anormal. Es difícil, muy difícil, creer que hay personas que usan ventosas para extraer sangre de los seres humanos o para hipnotizarles.

En aquel momento, se abrió la puerta y entró un hombre con bata blanca.

—Nancy —dijo Mike—, es el doctor Colman.

—¿Cómo está mi paciente, hoy?

—Perfectamente, doctor. Quiero que me dé el alta.

—No sea impaciente, señorita Palmer. La tenemos en observación.

—Yo no les pedí que me observasen.

—Usted llegó aquí después de perder el conocimiento, señorita Palmer, y se pasó un gran rato hablando de cosas..., un poco absurdas. Lo siento, pero no puedo darle el alta.

—¿Hasta cuándo?

—Eso dependerá de usted.

—Doctor, le he dicho que estoy bien. Puede tomarme la temperatura, la tensión, verme por los rayos X, y comprobará que estoy completamente normal.

—¿Y su mente, señorita Palmer?... ¿Cómo está su mente?

Nancy apretó los labios.

—Sé por dónde va, doctor. Para usted, mi mente está perturbada.

—Sí.

—Se equivoca.

—Entonces sea obediente y deje que continúe mi tratamiento.

—Oh, no, doctor, no voy a consentir qué me trate como a un conejillo de Indias.

—Hace tiempo que dejé de usar los conejillos de Indias, señorita Palmer. Ahora sólo pretendo sanar a mis pacientes, y usted es uno de ellos, señorita Palmer. Me voy a marchar, pero dentro de un rato vendrá uno de mis ayudantes para someterla a unas pruebas.

—No pienso someterme a esas pruebas.

—Si no lo hace, ordenaré que la cambien de sala, y será peor para usted. En ese lugar tenemos a los pacientes que resultan un poco… digamos incómodos.

—Está bien, doctor Colman. Pasaré por esas pruebas.

—Gracias por su colaboración, señorita.

Colman miró a Mike.

—Señor Morgan, me gustaría que diese por terminada su visita.

—En seguida me voy, doctor.

El doctor Colman salió de la habitación.

Al quedar a solas, Nancy dijo:

—Mike, no quiero seguir aquí.

—Ya oyó al doctor, está en tratamiento.

—Pero usted sabe que yo no necesito ese tratamiento. Debo salir del hospital, Mike. Entre usted y yo podremos lograr algo.

—¿Qué cosa?

—No lo sé. Pero tenemos que luchar contra «ellos», contra esa gente.

Mike se acercó al lecho y cogió una mano de Nancy, que apretó entre las suyas.

—Nancy, he dormido muy pocas horas. Estoy cansado. Haré un pacto con usted. Me iré a dormir un rato. Esta tarde volveré y usted y yo nos marcharemos de aquí.

—¿Pretende engañarme?

—¿Yo?

—Sí, usted. Sólo quiere que me conforme, que acepte las órdenes del doctor Colman. Usted, en el

fondo, piensa como él, que he dicho cosas absurdas, que no hay una pizca de verosimilitud en mi historia, que todo son imaginaciones mías. Tony Robins no me amenazó ni se extinguió entre las llamas cuando yo le arrojé al leñe... Elizabeth Harris no puede ser la anciana... Está bien, Mike, márchese. No quiero que continúe un minuto más aquí... ¡Váyase!... ¡No pierda más su tiempo!...

Mike se dirigió hacia la puerta. Miró una vez más a Nancy, pero luego salió sin decir nada.

La joven escondió la cara entre las manos y prorrumpió en sollozos.

No, no la creía nadie. Ni siquiera Mike Morgan, pero, ¿cómo podía esperar a que alguien la creyese?

—Hola.

Apartó las manos de su cara.

No había oído entrar a nadie pero allí había un hombre con bata blanca.

—Soy Norman Reynolds, ayudante del doctor Colman.

—Oh, sí, el doctor Colman, me habló de usted.

—Voy a someterla a una prueba.

—¿Qué clase de prueba?

—Un test.

—Está bien, empiece cuando quiera.

El hombre de la bata blanca se acercó a la cama donde Nancy yacía.

—Señorita Palmer, ¿qué haría usted si tuviese razón?

—No le comprendo.

—Suponga que la Tierra ha sido invadida por seres

de otro planeta y que, efectivamente, ellos tienen una poderosa capacidad para provocar la hipnosis.

Nancy estaba mirando a los ojos de aquel hombre. Se quedó asombrada.

Eran unos ojos verdes que de pronto se volvieron castaños, y que ahora ya eran azules.

Él sonrió.

—Ya no puede dejar de mirarme, señorita Palmer.

—Oh, no...

—Está siendo sometida a mi voluntad...

—¡No, por favor!... ¡No!

—Está luchando, pero es inútil.

—Aparte los ojos... ¡Apártelos!...

—No, señorita Palmer. Tengo que mirarla fijamente... Es peligrosa, muy peligrosa para nosotros. No podemos consentir que ponga en peligro nuestra misión... Usted va a ser hipnotizada, ya lo está siendo, y, más tarde, lo serán todos los humanos. Todos serán hipnotizados.

Nancy vio que él abría la boca y por entre sus labios aparecía la ventosa que emitía el zumbido.

La muchacha quedó paralizada.

—Señorita Palmer, usted hará todo lo que yo le ordene... ¿De acuerdo?

—Haré todo lo que me ordene.

—Cuando yo salga de esta habitación, usted saltará de la cama.

—Saltaré de la cama...

—Irá a la ventana y la abrirá...

—La abriré...

—Y luego, señorita Palmer, usted saltará al vacío.

—Saltaré... al vacío...

—Esa es mi orden, señorita Palmer, y usted la obedecerá.

—La obedeceré.

Aquel hombre que se había hecho pasar por el ayudante del doctor Colman, se apartó de la cama, y, sin dejar de mirar a los ojos de Nancy, fue retrocediendo. Se detuvo un momento en la puerta y, finalmente, salió cerrando tras de sí.

Nancy permaneció unos instantes en la cama, pero luego recobró el movimiento.

Apartó las sábanas a un lado. Llevaba un camisón. Puso los pies en el suelo y se levantó. Empezó a andar hacia la ventana.

Sus ojos estaban fijos en un punto indeterminado frente a ella.

Se movió lenta, muy lentamente.

Llegó ante la ventana y la abrió.

La habitación de Nancy estaba en un cuarto piso.

La joven no miró hacia abajo.

Se subió al alféizar de la ventana.

Iba a saltar.

Oyó un cántico, voces extrañas, pero armoniosas que venían de abajo.

Sería maravilloso arrojarse al vacío porque unos brazos la acogerían.

Nancy se disponía a saltar cuando Mike Morgan entró en la habitación.

—¡Nancy!... ¡No haga eso, Nancy!

Nancy no lo podía oír y se dispuso a saltar.

Mike ya estaba corriendo hacia la ventana, pero

llegó tarde. Nancy ya había saltado.

Mike logró atraparla por el brazo.

Nancy quedó suspendida en el vacío.

A pesar de que Mike era muy fuerte, aquel tirón le produjo un dolor agudo en la clavícula. Sin embargo, dio un suspiro de alivio porque habla conseguido que Nancy no llevase a la práctica lo que iba a hacer.

Tiró de ella hacia arriba y luego la alcanzó con la otra mano.

Ya la tenía dentro de la habitación.

Vio que los ojos de Nancy estaban fijos.

—¡Nancy! ¿Por qué iba a hacer eso?

—Tengo que arrojarme por la ventana.

—¡Nancy!... ¡No es usted quien está hablando!

—Tengo que obedecer.

—¿A quién tiene que obedecer?

—El me lo ordenó.

—¿Quién es él?

—El ayudante del doctor Colman. El doctor Reynolds.

—¿Me va a decir que el ayudante del doctor Colman le ordenó que se arrojase por la ventana?

—Sí.

—Oh, no, Nancy. El no pudo ordenarle tal cosa.

Nancy se volvió en busca otra vez de la ventana y Mike la detuvo sujetándola férreamente.

—Nancy —la hizo volver.

Le pegó una bofetada.

Nancy pareció volver en sí.

—¡Mike!... ¡Oh, Mike!... ¿Qué pasa?... ¿Qué es lo que estoy haciendo aquí?...

—Se iba a suicidar.

La joven se quedó sin habla. En su rostro se reflejó toda la emoción que le embargaba.

—Ahora recuerdo…

—¿Qué es lo que recuerda?

—Al ayudante del doctor Colman… Vino aquí y dijo que me iba a hacer un test… De pronto sus ojos empezaron a cambiar de color como los de Tony Robins… Y me hipnotizó.

—Nancy, el ayudante del doctor no pudo hacer eso…

—No era su ayudante, estoy segura. Era uno de «ellos». Le vi la ventosa con su zumbido… Lo mismo que la otra vez. ¡Se lo juro, Mike! Le estoy diciendo la verdad.

En aquel momento se abrió la puerta y entró un hombre que también llevaba bata blanca.

—Soy Norman Reynolds, ayudante del doctor Colman… ¿Qué hace levantada, señorita Palmer?

—A usted le estaba esperando —dijo Mike, y se dirigió hacia él.

Reynolds puso una cara extraña, pero no tuvo tiempo de hacer ninguna pregunta porque Mike le descargó un puñetazo en la mandíbula.

Chocó contra la pared y se desplomó sin conocimiento.

Nancy gritó:

—¡No es él, Mike!

—¿Cómo?

—Que este hombre no es el que me hipnotizó.

—Dijiste que fue el ayudante del doctor Colman —

la tuteó.

—Era otro ayudante, o mejor dicho alguien que se hizo pasar por el ayudante del doctor Colman.

Mike se miró el puño.

—Pues la hice buena. Creo que va a necesitar una visita urgente al dentista.

—Todavía no te pregunté por qué volviste, Mike.

Mike se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una caja.

—Te compré esto. Bombones.

Nancy hizo un gesto de asombro.

—¿Y sólo volviste por eso?

—Sí.

Nancy cogió la caja de bombones y la besó.

—Nunca pude imaginar que debería mi vida a los bombones.

Mike señaló al caído ayudante del doctor Colman.

—Él tampoco lo va a olvidar.

Nancy miró por la ventana, y se sintió mareada.

—¡Dios mío, si caigo no lo cuento!

—Lo mismo opino yo.

Nancy dirigió la mirada hacia el fondo y dio un grito:

—¡Mike!

—¿Qué pasa?

—¡El hombre que me hipnotizó!

—¿Dónde?

—Se dirige hacia el estacionamiento.

Nancy estaba señalando al hombre que la había hipnotizado.

—¡El del traje gris, Mike!

—Ya lo veo.

Mike echó a correr.

—Ten cuidado, Mike. No lo mires a los ojos.

—No te preocupes.

Mike Morgan salió de la habitación como una bala. No esperó el ascensor, bajó por la escalera y salió del hospital dirigiéndose hacia el estacionamiento.

El hombre del traje gris se disponía a entrar en un automóvil.

—Eh, usted, espere.

Aquel hombre se volvió rápidamente y Mike fue a su lado.

—El doctor Colman lo llama.

—¿Quién?

—El doctor Colman, su jefe.

—Perdone, pero yo no pertenezco al personal de este hospital.

—¿Ah, no? ¿Y qué hace aquí?

—Sólo vine a visitar a un familiar.

—¿A quién?

—Oiga, ¿con qué autoridad me hace sus preguntas?

—Hago las preguntas que quiero, y usted me va a contestar a ellas porque le conviene.

—¿Es policía?

—Para usted, como si lo fuese. ¿Por qué entró en la habitación de la señorita Palmer?

—No conozco a ninguna señorita Palmer.

—¿Por qué le ordenó que saltase por la ventana?

—No hice tal cosa.

—¿Quién es realmente usted?

—Déjeme en paz.

El hombre del traje gris fue a meterse en el coche, pero Morgan lo cogió por un brazo.

—No tan de prisa, amiguito. Le dije que iba a contestar a mis preguntas, y todavía no contestó a ninguna de ellas.

—Se está poniendo pesado.

—Soy muy pesado porque soy camionero. ¿Y sabe lo que le digo? Que va a venir conmigo.

—¿Adónde?

—Ahí dentro, al hospital.

—¿Para qué?

—Para que le examine los ojos.

—No sufro de los ojos.

—También le echarán un vistazo a su boca.

—Mis dientes están perfectos.

—¿Y qué me dice de la ventosa?

—Oiga, ¿está bien de la cabeza?

—Yo estoy la mar de bien.

—Observe mis ojos y verá como no tengo nada. Son exactamente como los de ustedes, los seres humanos.

—Conque nosotros somos seres humanos. Entonces, ¿qué es usted?

—No quise decir eso.

—Pero lo dijo.

Aquel hombre perdió la serenidad.

—Míreme a los ojos.

—Que se cree usted eso —repuso Mike, y le pegó un puñetazo en las narices.

El agredido chocó contra el coche y se derrumbó.

Mike le había pegado muy fuerte. Sin embargo, no arrojó una sola gota de sangre por la nariz.

Desde el mismo suelo, aquel hombre gritó:

—¡Míreme a los ojos!

Morgan se dirigió a él para golpearlo de nuevo. Su víctima abrió la boca.

Mike se detuvo.

Estaba viendo algo de lo que Nancy le había hablado varias veces.

Ya no podía tener ninguna duda. Aquel hombre le estaba mostrando una ventosa y era una ventosa que producía un zumbido.

—Míreme a los ojos —le volvió a ordenar aquel extraño ser.

Mike le pegó un puntapié en la cara. Su enemigo rodó por el suelo pero se levantó rápidamente y echó a correr.

—Eh, amigo, espere —le gritó Mike.

Pero el extraño ser estaba corriendo a una velocidad endiablada.

Mike Morgan lo siguió.

—Párese y lo miraré a los ojos.

Sus palabras no sirvieron para nada. Vio asombrado cómo aquel extraño ser daba un tremendo salto y saltaba limpiamente el muro del hospital.

Mike se detuvo ante la pared. Tenía cuatro metros.

No, él no podía dar aquel salto.

Rezongó una maldición para sus adentros.

Sólo podía hacer una cosa. Volver con Nancy.

Cuando entró en la habitación, el doctor Norman Reynolds ya no se encontraba allí.

Nancy estaba junto a la ventana y se volvió al oírle entrar.

—Mike, se te escapó.

—Sí, se me escapó. Pero ahora ya sé que él es uno de «ellos» como tú dijiste... Vi la ventosa... Trató de hipnotizarme como a ti pidiéndome que lo mirase a los ojos... Sí, ya sé que no te equivocaste, que todo lo que me dijiste es verdad.

CAPÍTULO IX

El teniente de la policía, Spencer Lamont, había escuchado atentamente la historia de Mike Morgan.

Lamont había sido llamado por el propio Mike.

Se habían reunido en la habitación de Nancy en el hospital de Oceanside. Estaba presente el doctor Colman y con el teniente Lamont había dos policías.

Mike apuntó a Nancy con el dedo.

—Como ve, ella tenía razón, teniente...

—Conque existen hombres con ventosa en lugar de lengua.

—Sí.

—Y la ventosa emite ruido.

—Sí.

—Y les sirve a esos tipos para chupar la sangre.

—¿Me está tomando el pelo, teniente? Le acabo de decir que he peleado con uno de ellos en el estacionamiento de este hospital.

—Y también me ha dicho que saltó un muro de cuatro metros.

Nancy habló desde la cama:

—Ahora cree que somos dos locos, ¿verdad, teniente? Yo estoy chiflada y Mike Morgan está chiflado. Pues entérese de esto, teniente. El tipo que se hizo pasar por Reynolds me habló de algo más. ¡Me anunció que todos los humanos serían hipnotizados!

—Todos, ¿eh?

—Eso dije, teniente. Todos.

Uno de los policías que acompañaban al teniente se echó a reír.

—Vaya, por fin voy a tener suerte. Imagino que a mi suegra también la hipnotizarán.

Lamont hizo un gesto de lástima.

—Un poco de seriedad, Bill.

Mike Morgan dio unos pasos hacia Lamont.

—Teniente, ¿va a hacer algo?

—Estoy haciendo mucho.

—¿Qué cosa?

—Estoy tratando de dar con Elizabeth Harris. Ella podría contarnos algunas cosas.

—¿No cree que ella es la anciana?

—Claro que no. Pero deje que hable un experto. El doctor Colman.

El médico del hospital sonrió con benevolencia.

—Tenemos una frase en psiquiatría para definir lo que está pasando.

—Defínalo —asintió Lamont.

—Psicosis emocional desencadenada.

—Le entiendo, doctor —repuso el teniente—. Quiere decir que alguien se pone a hablar de un suceso extraordinario dándole explicaciones naturales, y algunas personas están dispuestas a aceptarlo.

—Ha hecho un buen resumen, teniente. Esa es la base esencial de la psicosis emocional desencadenada.

Nancy soltó un bufido desde la cama.

—Ustedes son una pandilla de inútiles. Y le incluyo a usted, doctor, y a usted, teniente, y a todos sus ayudantes. El mundo está pasando por el mayor peligro de su Historia. Es posible que se esté jugando la supervivencia de todos los humanos, y a usted sólo se le ocurre decir chistecitos a costa de Mike Morgan y

de mí.

Spencer Lamont dio un suspiro.

—Señorita Palmer, nosotros los policías...

—Sí, teniente, lo sé. No lo repita. Ustedes sólo trabajan sobre hechos reales. Pero dígame, ¿cómo explica que yo intentase suicidarme?

—Eso nadie lo vio.

—Lo vio Mike Morgan porque él fue quien impidió que me convirtiese en una tortilla.

—Es la historia de Mike Morgan.

El aludido arrugó el ceño.

—Yo también soy un inventor de fábulas, ¿eh, teniente?

—Señor Morgan, ¿por qué se quedó aquí?

—Porque quise.

—Usted es camionero.

—No le van a dar una medalla por haber acertado eso. Se lo dije yo mismo.

—Deje de burlarse. Dígame, ¿qué es lo que transporta en su camión?

—Tomates.

—¿Tomates?

—Sí, teniente, ¿quiere un vaso de jugo? Se lo puedo exprimir.

—No, no quiero comer tomate podrido. Apuesto a que ya debía haber entregado su mercancía. Pero usted ha preferido perder su tiempo metiéndose en donde no le llaman.

—Teniente, yo salvé a Nancy Palmer en el mar. ¿O también cree que eso forma parte de mi fábula?... No hace falta que conteste. Basta con verle la cara para

saber que no admite tampoco esa parte de la historia. En cuanto a los tomates, no se preocupe. Estaban verdes cuando los eché en el camión. Llegarán a su destino mañana, y todavía se podrán comer.

Lamont hizo una señal a sus subordinados y los tres se dirigieron hacia la puerta.

Nancy gritó:

—¡Teniente, busque a esos extraños seres!... ¡Búsquelos antes de que sea demasiado tarde!

Lamont volvió la cabeza.

—De acuerdo, señorita Palmer, los buscaré —pero lo dijo de una forma que evidenció su escepticismo.

Los policías se marcharon.

El doctor Colman se frotó las manos.

—Bien, señorita Palmer, le daré un sedante y dormirá un rato.

—¡No quiero dormir!

—Ha sufrido demasiadas emociones, señorita Palmer. Y yo soy el jefe de este departamento. En media hora tomará usted el sedante o la llevaré a otra sala.

—A la sala de los locos furiosos.

—Yo no la llamaría así.

Mike Morgan intervino:

—Oiga, doctor.

Lo llevó a un rincón de la estancia.

—No se preocupe. Yo haré que tome el sedante. Ya sabe que ella tiene mucha confianza en mí. Nancy, pórtate como una buena chica.

—Está bien, doctor. Tomaré el sedante.

Nancy ingirió la pastilla con un trago de agua.

El verdadero ayudante de Colman, Reynolds, entró en la habitación.

—Doctor Colman, una emergencia. El paciente de la habitación 14.

—Vamos.

De esa forma Nancy y Mike se libraron de Colman.

Apenas quedaron a solas, Nancy saltó de la cama.

—Dame mi ropa, Mike. Tenemos que salir de aquí.

Mike sacó la ropa del armario y se la echó en la cama. Luego se puso de espaldas.

Nancy se vistió rápidamente.

No encontraron ningún obstáculo en el camino y pudieron salir del hospital.

Tomaron un taxi, y una vez dentro, Nancy apoyó su cabeza en el hombro de Mike.

—Me estoy muriendo de sueño.

—Es efecto del sedante.

—Pero yo no puedo dormir. Tenemos que hacer algo, Mike.

—Desde hace rato me estoy preguntando qué es lo que podemos hacer.

—Tienen que estar en alguna parte.

—En eso estoy de acuerdo. Pero, ¿dónde?

—Recuerda que todo pasó a unas millas de Oceanside. El coche de Elizabeth estaba abandonado, y el cadáver de la anciana fue encontrado cerca. Yo recibí la visita de Tony Robins en el motel de Oceanside. Y hemos recibido la segunda visita de esos extraños seres en el hospital de Oceanside.

—Tienes razón. Han de estar muy próximos a nosotros.

—Sigamos con la lógica, Mike… El falso doctor Reynolds habló de que iban a hipnotizar al mundo entero, y eso no lo podrían conseguir hipnotizando a los ciudadanos del planeta de uno en uno.

—No, eso está claro. Necesitarían ser ellos tantos como nosotros.

—Miles de millones.

—No, no puede haber tantos bichos con ventosa.

—Deberán valerse de algo esencial para producir la hipnosis masiva o total.

—¿Una droga?

—Tendrían que mezclarle en el aire, en la atmósfera que respiramos.

—Si tuviesen esa droga, ya lo habrían hecho.

—¿Una máquina?

—¡Eso es, Mike! Una máquina necesita ser transportada y, sobre todo, necesita tiempo para ser montada.

—¿Qué clase de máquina?

—Y yo qué sé.

—Pero necesitarán espacio para esa máquina.

—Eso es bueno. Deberán estar en un sitio que sea considerado muy seguro para ellos y para la máquina.

—Han debido tomar posesión de un lugar donde no sean molestados.

—Lo habrán hecho todo legalmente, puesto que pueden adoptar la forma de los seres humanos y se comportan como nosotros… Debemos ir al Ayuntamiento de Oceanside y preguntar qué fábrica o qué lugar ha sido comprado recientemente por forasteros.

Mike le dio al taxista la dirección del Ayuntamiento.

Llegados allí, entraron en el edificio comunal.

Hablaron con un hombre de cincuenta años que estaba al frente del negociado de Bienes Raíces.

En quince minutos, el funcionario les dio una lista de los negocios que habían cambiado de dueño en Oceanside durante los últimos meses. Pero había cincuenta y dos, y los negocios traspasados variaban mucho entre sí, desde una estación de servicio hasta una fábrica de helados.

—Bien, Nancy. Tenemos que empezar por el principio.

—¿Cuál es el primero de la lista?

—Un garaje en las afueras de Oceanside.

Ellos no podían saber dónde estaban los extraños seres de la Galaxia Amarilla. El negocio que el presidente del Gran Consejo había comprado seis meses atrás era el motel *Meredith*, que figuraba en el lugar catorceavo de la lista que tenían ahora en su poder.

CAPÍTULO X

Eran las cuatro de la tarde.

Nancy Palmer y Mike Morgan habían visitado trece negocios de distinta clase.

Estaban desanimados por no haber encontrado nada sospechoso.

—¿Cuál es el próximo nombre de la lista? —preguntó Nancy.

—El motel *Meredith*. Pero no hace falta que vayamos.

—¿Por qué?

—Está un poco retirado de Oceanside.

—No creo que debamos pasar por alto ninguno de los negocios.

—Está bien. Iremos después que hayamos comido.

—Caramba, es cierto. Mi estómago empieza a protestar.

Entraron en un restaurante y se sentaron ante una mesa.

—Nancy, todavía no te he preguntado qué es lo que haces.

—Soy secretaria de un abogado. Se llama Rock Bogarle. Lo habría llamado para que nos echase una mano, pero el señor Bogarle se marchó a Montreal por cuestión de negocios... Y me temo que él tampoco me creería, si lo llamase por conferencia.

—Tienes razón.

—¿Y tú, Mike? ¿Trabajas por tu cuenta o por cuenta de otro?

—También tengo un jefe. Pero un día tendré mi

propio camión. El transporte es un buen negocio, si uno se lo organiza...

Ella se echó a reír.

—Estoy recordando tus tomates y lo que le dijiste al teniente Lamont. ¿Crees de verdad que podrás entregar tu mercancía en buen estado?

—Seguro.

Terminaron de comer y Mike pagó la cuenta.

Ahora estaban viajando en el coche de Nancy, que habían recogido en el motel La Gaviota.

Mike fumaba un cigarrillo mientras Nancy conducía.

Llegaron a un lugar de la carretera, en donde vieron el anuncio del motel *Meredith*.

Nancy metió el coche por el camino.

El motel apareció ante los ojos de ambos.

No vieron a nadie. Todo estaba envuelto en el silencio.

Nancy detuvo el coche y los dos saltaron.

Entraron en la oficina. No había nadie.

Mike vio un timbre sobre el tablero y lo hizo sonar.

Se abrió una puerta interior y apareció un hombre con gafas.

—Buenas tardes. Soy Mike Morgan y ella es Nancy, mi esposa.

—No tenemos bungalows libres.

—¿Ah, no?

—No, señor. Todo está ocupado.

—Yo juraría que había visto un bungalow libre.

—No, señor. Ya le he dicho que no los hay.

—De acuerdo. Iremos a otra parte.

—Encontrarán alojamiento en cualquier motel de aquí a Oceanside.

—Gracias.

—No hay de qué.

Nancy y Mike salieron de la oficina y Nancy dijo tratando de disimular:

—Ese hombre, Mike.

—¿Qué pasa?

—¿No le viste nada raro?

—No.

—Le miré a los ojos. ¿De qué color eran?

—Verdes.

—Exacto, Mike.

—Pero no cambiaron de color.

—Quizá porque no le convenía.

Mike estaba mirando hacia los bungalows.

—Echaremos un vistazo para ver si nos dijo la verdad. En el primer bungalow se veía un automóvil en la cochera. También en la del segundo. La tercera estaba cerrada.

Mike se dirigió al porche y llamó a la puerta.

Nancy se había quedado un poco retirada.

Le abrió un hombre de unos veinticinco años.

—¿Qué quiere?

—Estoy buscando a una amiga. Se llama Ingrid Kadison.

—No está aquí, porque yo estoy solo.

—Perdone la molestia.

—De nada.

Mike regresó punto a Nancy.

El hombre desapareció en el bungalow.

—¿De qué color tiene los ojos ese tipo, Mike?
—Verdes.
—¡Como el del registro!
—Puede ser una coincidencia.
—Ni tú mismo crees en eso.
—Probaremos otra vez.
Fueron al bungalow siguiente.
Esta vez Nancy quiso acompañarle.
Llamaron a la puerta. Les abrió un hombre de unos sesenta años. Y él también tenía los ojos verdes.
—¿Qué puedo hacer por ustedes?
—Estamos buscando a una persona.
—¿A quién?
—A Elizabeth Harris.
Aquel hombre arrugó el entrecejo.
—¿Elizabeth Harris?
—Sí, ése fue el nombre que le dije.
—No, no la conozco.
—Gracias por su amabilidad.
El hombre cerró la puerta.
Mike cogió la mano de Nancy.
—Estás otra vez como un témpano, Nancy.
—¿Cómo quieres que esté? ¡Ese hombre también tiene los ojos verdes! ¡Deben ser ellos!
—Tranquila, Nancy.
—¿Qué hacemos, Mike?
—Meternos en el coche y salir de aquí escapados.
—¿Crees que nos dejarán llegar al automóvil?
—Sonríe, muchacha, sonríe como si nada pasase. Se trata de un viejo juego. ¿Quién engaña a quién?
Nancy forzó una sonrisa.

Estaban andando hacia el automóvil.

—Mike.

—¿Qué pasa?

—Tengo la impresión de que nos están vigilando.

—Yo también.

—¿Por qué no echamos a correr?

—Son muchos y nos darían alcance.

El automóvil estaba todavía demasiado lejos pero ellos seguían andando con naturalidad, sin precipitarse.

—Mike, dejamos el automóvil a un par de millas de aquí.

—No, mujer, ya estamos llegando. Valor.

Efectivamente, llegaron junto al automóvil sin que hubiese pasado nada, pero antes de que Nancy abriese la portezuela oyeron una voz:

—Eh, señor Morgan.

Era el hombre de las gafas, el que estaba en el registro.

—¿Qué hay? —preguntó Mike.

—Recordé que tengo un bungalow libre.

Nancy habló en voz baja:

—Dile que no lo queremos.

—No nos dejarían marchar —contestó también Mike en voz baja y luego agregó, mirando al del registro—: De acuerdo, amigo, tomaremos ese bungalow.

Cogió a Nancy por el brazo.

—Mike —dijo Nancy—, ¿qué va a pasar ahora?

El hombre de las gafas entró en la oficina. Mike pudo hablar libremente a Nancy:

—Los hemos estado buscando y ya dimos con ellos. Recuerda lo que nos propusimos. La policía no puede ayudamos. Somos nosotros los que tenemos que enteramos por nuestros medios del lugar donde tienen esa máquina, si es que se trata de una máquina.

—Sí, Mike.

—Hay que seguir disimulando.

Entraron en la oficina.

El hombre de las gafas había abierto un libro.

—Es el bungalow número 14. No recordé que la pareja que lo ocupaba se marchó a primera hora de la tarde.

Mike se inscribió y recibió la llave de manos del hombre de las gafas.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Mike.

—Eddie Miller.

—No queremos que nos molesten, señor Miller. Mi mujer y yo estamos muy cansados y queremos dormir.

—No se preocupen. Nadie les molestará.

Nancy y Mike salieron de la oficina.

El hombre de las gafas se acercó a una ventana y vio cómo Nancy y Mike se dirigían en el coche hacia el bungalow número 14. Entonces regresó al registro y descolgó el teléfono.

—Señor presidente... Ellos están aquí... Mike Morgan y Nancy Palmer... No sé cómo dieron con nosotros... Les he dado alojamiento. Bungalow número 14. Sí, han venido solos, pero adoptaré precauciones para saber que nadie más está al acecho.

CAPÍTULO XI

Nancy Palmer y Mike Morgan entraron en el bungalow, número 14.

Ella cerró y se apoyó en la puerta.

—Mike, tengo miedo.

—Yo también.

—¡No, tú no puedes tener miedo!

—Lo tengo.

—¿Por qué no lo dijiste?

—Hemos de obrar con astucia.

—Pero ellos también están obrando con astucia y por eso nos dieron este bungalow... ¿O crees de verdad que ese hombre que dice llamarse Eddie Miller recordó de pronto que este bungalow estaba libre?

Mike miró por la ventana.

No habían dejado el automóvil en la cochera, sino junto a la verja, para escapar con más rapidez en el caso de que tuviesen que huir.

—¿Ves algo anormal? —preguntó Nancy.

—Nada. Todo está en paz de momento.

—¿Cuándo darán la orden de ataque?

—Nosotros atacaremos antes que ellos.

—No tenemos dónde ir. Quiero decir que no vi ninguna cosa especial.

—Nosotros hemos pensado en una gran sala o en una casa muy grande para albergar esa máquina, porque creemos que una máquina que sirva para hipnotizar al mundo entero ha de ser muy grande. Pero podría ser mucho más pequeña de lo que nosotros hemos supuesto.

—Quizá tengas razón.

—Voy a salir.

—¿Adónde?

—A dar una vuelta por los alrededores.

—Yo voy contigo, Mike.

—No, es mejor que yo vaya solo. Sospecharían si nos viesen a los dos juntos. Les costará mucho trabajo descubrirme. Hice mi servicio militar en la jungla.

—¿Cuánto vas a tardar?

—No lo sé.

—Si grito, ven corriendo.

Mike sonrió.

—De acuerdo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que no grites si ves a un ratón.

Mike la cogió por los brazos.

—Nancy, eres una gran chica.

—¿Y qué más?

—Muy bonita.

—Hay muchas chicas bonitas por ahí.

—Pero no todas tienen tu valentía.

—¡Yo no soy nada valiente! Ya te he dicho que estoy muerta de miedo y tremendamente nerviosa, a pesar del sedante del doctor Colman.

—Yo te daré otro sedante —dijo Mike, y la besó en los labios.

Nancy dejó que la besase y, cuando él fue a separarse, Nancy dijo:

—Mike, por favor, un poco más de sedante.

—Eso está hecho. Yo soy muy considerado con mis pacientes.

La volvió a besar. Pero esta vez Nancy no se estuvo quieta. Colaboró y, para ello, le puso la mano en la nuca.

Cuando terminó aquel beso, Mike dijo:

—Eh, secretaria, ¿dónde patentaste el sistema?

—Te voy a decir un secreto, Mike. Te beso así por las circunstancias. Sólo por las circunstancias. Pero quisiera que no te separases de mí.

Mike le guiñó un ojo.

—Estaré aquí lo más pronto posible.

—Suerte, Mike.

El salió del bungalow.

Nancy se acercó a la ventana y vio a Mike desaparecer por la derecha.

Ya estaba a solas en aquel bungalow con los extraños seres muy cerca. Ellos la habían visto con sus ojos verdes.

Se puso a cantar. Sí, eso era lo mejor. Pero la canción le salía mal e hizo varios gallos. Renunció a cantar. Prendió un cigarrillo.

En ese momento se abrió la puerta.

Nancy se volvió gritando:

—¡Mike!

Pero no era Mike, sino uno de aquellos hombres de ojos verdes, el de los sesenta años.

—Hola, señorita —saludó él.

—¿Qué tal? —preguntó ella, muy nerviosa.

—¿Se encuentra bien?

—Oh, sí, muy bien.

Nancy deseó con todas sus fuerzas que siguiesen saludándose hasta que llegase Mike.

—Sólo vine aquí para hablar con su marido.

—¿Cómo sabe que es mi marido?

—Estuve en el registro y el señor Miller me lo dijo.

—Oh, sí.

—¿Dónde está él?

—Tomando un baño.

Nancy se acercó a la puerta que comunicaba con el cuarto de baño y gritó:

—¡Eh, querido! Cuando haga falta enjabonarte la espalda, llámame.

El hombre que estaba en el umbral dijo:

—Él no le ha contestado.

—Quizá se quedó dormido.

—Podría sufrir un accidente.

—Oh, no, Mike es un hombre que está en todo.

—Será mejor que echemos un vistazo al cuarto de baño.

Aquel hombre ya estaba andando y Nancy no supo qué hacer.

—¿Cómo dijo que se llamaba, señor?...

—John Blake.

Nancy cubrió el hueco para que él no pudiese entrar en el cuarto de baño.

—Señor Blake, ¿es usted casado?

—No.

—¿Y por qué no tiene mujer?

—Porque no me enamoré.

—¿Está en contra de la familia?

—No, señora Morgan. No estoy en contra de la familia. Nosotros... —Blake se interrumpió.

—Continúe, señor Blake, ¿qué iba a decir de

ustedes?

Nancy se estremeció porque él la estaba mirando fijamente con sus ojos verdes. Ella sabía lo que tenía que hacer si aquellos ojos se convertían en castaños. Tenía que apartar rápidamente la mirada para impedir que él la hipnotizase. Ya la habían hipnotizado dos veces, y no podía consentir que la hipnotizasen por tercera vez porque presumía que sería el final para ella.

Pero los ojos de Blake seguían siendo verdes.

—Señora Morgan, necesito urgentemente hablar con su marido.

—¿Por qué?

—Quiero decirle algo que es muy importante para usted y para él.

—Dígamelo a mí.

—No, señora Morgan. Se lo diré a los dos.

El hombre apartó a la joven y abrió la puerta del cuarto de baño. Allí dentro no había nadie. Se volvió furioso.

—Señora Morgan, me ha mentido, aquí no está su marido.

—¿Ah, no?

—¿Dónde está?

—¡Dios mío, quizá se fue por el agujero del desagüe! —rio ella, nerviosa.

—¿Cree que la situación es para tomársela a broma, señora Morgan?

—Tomar la vida en serio es una tontería. Es la letra de una canción. ¿No la conoce usted, señor Blake?

—No, yo no puedo conocer una canción con una

letra tan estúpida.

Nancy se sentía cada vez más atemorizada. Miró hacia la puerta del bungalow, esperando ver a Mike.

Le había dicho a él que gritaría si se viese en peligro, pero se daba cuenta de que, si gritaba, aquel ser con figura humana acabaría con ella.

—Señora Morgan, se lo voy a preguntar por última vez. ¿Dónde está su marido?

—¡Ya lo sé! Fue a por una botella de whisky.

—¿Adónde?

—A Oceanside.

—Miente otra vez, señora Morgan.

—¿Lo dice porque en este motel no se puede beber?

—Lo digo porque su automóvil está fuera y, si su marido hubiese ido a Oceanside, se lo habría llevado.

—Es que Mike es un andarín estupendo, ¿sabe? Odia el automóvil. Mike dice que más vale un paseo a pie que tres carreras en automóvil.

—¡Basta, señora Morgan!

—No se enfade.

—¡Usted está acabando con mi paciencia!

—Le propongo una partida a las damas.

—Señora Morgan, y la llamo así porque usted ha querido pasar por la esposa de Mike Morgan... Ustedes no van a impedir que nosotros llevemos a la práctica nuestro plan.

—¿A qué plan se refiere?

—Lo sabe bien. A hipnotizar a todos los seres de este planeta.

Nancy se extrañó de no desmayarse. Blake se había

quitado la máscara. Se lo acababa de decir claramente. Era uno de «ellos». Sin embargo, dijo tartamudeando:

—Señor Blake, ¿sabe lo que está diciendo?

—Sí, señora Morgan. Lo sé muy bien. Esta noche, a las nueve, todos los seres como usted y como el señor Morgan que habitan la Tierra, serán hipnotizados por nosotros, los seres de la Galaxia Amarilla. Y nadie podrá impedirlo. ¿Lo oye bien, señora Morgan? ¡Absolutamente nadie!

CAPÍTULO XII

Nancy Palmer se decía a sí misma que, mientras viese los ojos verdes de Blake, no corría ningún peligro.

—Señor Blake, me gustaría saber una cosa.

—¿El qué?

—Me gustaría saber cuál es la forma de ustedes. Estoy segura de que ustedes no tienen forma humana en su planeta.

—No, no tenemos figura humana. Esta envoltura sólo la empleamos para invadir la Tierra.

—¿Cuántos son ustedes?

—Cincuenta.

—¿Están todos aquí?

—Sí.

—¿Y cuándo vendrán los demás?

—Muy pronto.

—¿Cuándo vendrán?

—El segundo grupo de asalto llegara mañana. Se compone de diez mil.

—¿Por qué no han hecho una invasión pacífica?

—Es lo que estamos haciendo.

—No, señor Blake. Esta no es una invasión pacífica.

—No queremos hacerles daño.

—¿Dice eso y van a hipnotizar a todos los humanos? Oh, no, señor Blake, a ustedes lo único que les preocupa es apoderarse de nuestro planeta sin sufrir bajas.

Blake sonrió.

—Es una muchacha lista.

—Gracias.

—Merecería ser una de las nuestras.

—¿Cómo son las mujeres de allí?

—Muy hermosas.

—Quisiera ver una de ellas.

—No trajimos a ninguna con nosotros.

—Qué lástima. Me hubiese gustado hablar con una de mi mismo sexo. Quizá habríamos simpatizado.

—Lo dudo mucho. Nuestras mujeres son muy superiores a ustedes.

—¿En qué son superiores? ¿En tamaño?

—En eso que llaman ustedes inteligencia.

—Vaya, debe ser magnífico para ustedes el tener mujeres hermosas e inteligentes. Aquí, en nuestro planeta, se dice que una mujer es menos inteligente cuanto más hermosa es.

—Entonces, usted debe ser una excepción.

—Oh, no sabe cuánto me halaga, señor Blake.

—Y le voy a dar una oportunidad para que me vea tal como realmente soy.

Nancy sintió un escalofrío por la espina dorsal.

—Si le cuesta mucho trabajo, no hace falta que haga el experimento, señor Blake.

—No me va a costar mucho trabajo.

Nancy miraba con nerviosismo la puerta. ¿Cuándo iba a volver Mike?

Blake se retiró de ella unos pasos.

—Fíjese bien en mí, señora Morgan, y sabrá cómo somos en mi planeta.

—Estoy preparada.

Aquel hombre llamado Blake cerró los ojos.

Nancy dio un suspiro de alivio. Al menos no la miraría. Pensó en escapar. No, no podía hacerlo porque Blake la alcanzaría. Además detrás de la puerta podría encontrarse con otro de «ellos».

Ya no pensó huir al ver a Blake.

Estaba creciendo. Había aumentado en pocos segundos varios centímetros, pero, al mismo tiempo, iba perdiendo la forma humana. Su carne, la de un hombre normal, parecía ahora arcilla blanca.

Nancy quiso gritar, pero las cuerdas vocales se le paralizaron cuando vio que la cara de Blake se deformaba. La nariz se hundió hacia abajo y se mezcló con la boca y las encías.

La frente se estaba ensanchando, pero ya no era una frente, sino una cosa enorme, abombada. Los ojos se hundieron y se enterraron en aquella carne que era como barro. Y sólo volvió a reaparecer un ojo. Uno solo, aunque era muy grande y tenía un color azulado.

Y todo aquello seguía creciendo y creciendo. Ya pasaba de los dos metros. Y lo mismo que había ocurrido con la nariz y con los ojos, estaba pasando a los brazos, que se confundieron con la masa. Y de todo aquello surgió un solo brazo, aunque tenía largos tentáculos terminados en ventosas.

Nancy gritó con todas sus fuerzas.

Aquel extraño ser, monstruoso, que se agrandaba en el centro de la habitación, emitió un extraño gruñido de aprobación al grito de Nancy.

Ella quiso correr pero una fuerza más poderosa que su voluntad la retuvo clavada a la madera.

La puerta se abrió y entró Mike.

—¡Míralo, Mike! —exclamó Nancy—. ¡Es uno de «ellos»!

Morgan estaba mirando aquella «cosa» que iba creciendo mientras soltaba los gruñidos.

—Ven aquí, Nancy.

—¡No puedo moverme!

—Yo iré por ti.

Mike trató de ir hacia Nancy, pero no podía mover las piernas.

—¡Ven conmigo, Mike!

—Tampoco puedo moverme.

—¡Dios mío, estamos en su poder!

Aquella «cosa» se había elevado a los dos metros y medio. Un poco más y llegaría hasta el techo. Se bamboleaba de un lado a otro moviendo su brazo con tentáculos, un brazo que iba en dirección a Nancy.

La joven gritó:

—¡Me va a atrapar, Mike!... ¡Me va a coger!... ¡Y estoy segura que me chupará la sangre!... ¡Me convertirá en una anciana como a Elizabeth!

Mike sacó la caja de fósforos.

Prendió el primero y lo arrojó contra «la cosa».

El fósforo no llegó a su destino porque se quedó a mitad del camino.

«La cosa» se dio cuenta de lo que Mike intentaba, y lanzó un terrible rugido y entonces su brazo cambió de dirección y, en lugar de acercarse a Nancy, se volvió hacia Mike.

—¡Cuidado, Mike! —gritó Nancy.

Morgan vio que el tentáculo avanzaba rápidamente

hacia él.

Prendió otro fósforo y lo arrojó hacia el largo brazo.

Esta vez logró alcanzar a «la cosa» con el fósforo.

Se produjo una llamarada.

El extraño ser lanzó un alarido espantoso.

El brazo provisto de tentáculos estaba ardiendo.

El ser retiró el brazo y eso resultó mucho peor para él porque las llamas prendieron en el tronco, en la forma más gruesa de su asombroso cuerpo. El rugido fue más intenso.

Nancy gritaba, pero todavía no podía mover las piernas, y en la misma situación se encontraba Mike. Este hizo un esfuerzo sobrehumano para librar las piernas de aquella terrible presión que las mantenía adheridas al suelo, pero no consiguió moverlas una pulgada.

El monstruo seguía rugiendo, presa de las llamas, que ya le llegaban a la cabeza.

Nancy vio horrorizada que el fuego prendía en el techo del bungalow.

—¡Mike, también vamos a morir abrasados!

Mike trató de arrojarse al suelo, pero ni siquiera eso pudo conseguir. Sólo podía mover los brazos, pero no las piernas.

Las llamas seguían apoderándose del bungalow ensanchando el círculo de fuego.

Y, de repente, Mike logró mover una pierna y luego otra y entonces pudo llegar al lado de Nancy. Tiró de ella fuertemente y Nancy también pudo andar.

Los dos corrieron y salieron del bungalow.

—¡Al auto, Nancy! ¡Esta vez conduzco yo!

Entraron en el auto al mismo tiempo y Mike puso en marcha el automóvil y lo echó a correr.

El hombre del registro salió de la oficina.

—¡Eh, señor Morgan! ¿Qué pasa?

Mike no le hizo ningún caso. Apretó a fondo el acelerador.

—¡Eh, ustedes, no pueden marcharse! ¡Vuelvan acá! —oyeron gritar al del registro.

Mike tomó la curva con dos ruedas del vehículo. Pensó que iban a volcar, pero eso no llegó a ocurrir.

Salieron a la carretera y emprendieron el regreso a Oceanside.

Nancy había apoyado la cabeza en el asiento trasero y tenía los ojos cerrados.

—Mike, dime que fue una pesadilla.

—Fue realidad.

—Entonces vimos arder a ese ser.

—De los pies a la cabeza, si es que se puede llamar pies y cabeza a lo que ese tipo tenía.

—Era Blake. El hombre de sesenta años que nos abrió el segundo bungalow.

—Cambió bastante.

—Estuvo hablando conmigo. Quería transmitimos un mensaje. Esta noche, a las nueve, todos los seres de nuestro planeta serán hipnotizados por «ellos».

—Pero nosotros lo vamos a impedir. Esta vez el teniente tendrá que creemos.

CAPÍTULO XIII

El teniente Lamont escuchó el segundo relato de Mike Morgan.

También en esta ocasión el teniente estaba acompañado por sus dos subordinados, Bill y Joe.

Mike Morgan terminó de contar lo que les había pasado en el motel Meredith.

—Bill —dijo Lamont—, ¿quieres hacerme un favor?

—Sí, teniente.

—Telefonea al parque de bomberos y pregunta si ha habido una llamada de emergencia del motel *Meredith*.

—¿Qué tiene que ver eso? —rezongó Mike.

—Si se incendió un bungalow, tuvieron que llamar al parque de bomberos.

—A ellos no les conviene llamar a nadie. Ni siquiera al parque de bomberos.

—¿No se dan cuenta de que incurren en una contradicción? Ustedes han dicho varias veces que sólo hay una forma de combatir a esos hombres. El fuego. Y ahora dicen que se provocó un incendio y lo debieron apagar ellos, sin ayuda.

—Teniente, seguimos perdiendo un tiempo que es precioso. ¿Por qué no lo comprueba por sí mismo? Vamos al motel *Meredith*.

—De acuerdo.

—Estupendo —dijo Nancy.

—Pero esperen un momento. Quiero que me hagan una promesa.

—Hable —gruñó Mike.

—Iremos al motel *Meredith*, pero, si no vemos nada anormal, ustedes vendrán conmigo al hospital, y yo les alejaré colocaditos en la sala de perturbados del doctor Colman.

—Trato hecho —dijo Nancy, antes de que Mike protestase.

Ahora no viajaron en el auto de Nancy, sino en el de la policía.

—¿Qué hora es, teniente? —preguntó Mike.

—¿No tiene usted reloj?

—Sí, pero se me paró durante el incendio del *bungalow*.

—Son las siete y media.

—Falta una hora y media nada más para que esos seres lleven a cabo su plan.

—¿Qué seres? ¿Qué plan?

—Está bien, teniente. Dejaremos en suspenso cuanto yo pueda decir.

Nancy intervino:

—Teniente, ¿cree de verdad que somos un par de locos?

—¿Quiere que le conteste sinceramente, señorita Palmer?

—No, prefiero que no lo haga.

El auto de la policía se detuvo ante la oficina del motel *Meredith*.

El hombre de las gafas salió de la oficina.

—Ahí tiene a uno de ellos —dijo Nancy.

—Que yo sepa, es un hombre como otro cualquiera.

Lamont subió al porche.

—Soy el teniente Spencer Lamont, de la policía de Oceanside. ¿Cuál es su nombre?

—Eddie Miller.

—¿Es usted el dueño?

—Sí, y tengo toda la documentación en regla. ¿Quiere que se la enseñe?

—No, gracias, señor Miller. Le creo.

—¿Qué pasa, teniente?

—¿Identifica a esos dos jóvenes? —señaló a Nancy y a Mike.

—Claro que los identifico. Estuvieron aquí.

—¿Cuándo?

—Esta tarde. Pidieron alojamiento.

—¿Qué bungalow les dio?

—El 14.

—Ellos dicen que se marcharon porque el bungalow número 14 se incendió.

Miller se echó a reír.

—No, teniente Lamont. El bungalow no ardió. El señor Morgan y su mujer me parecieron desde un principio unos tipos muy extraños.

Nancy gritó:

—¡Hubo fuego en el bungalow número 14! ¡Ardió uno de ustedes! ¡Prendió fuego al techo y al entarimado!

—¿Uno de nosotros? ¿A qué se refiere, señora Morgan?

—Usted adoptó figura humana para engañamos. Pero yo sé cómo es. Enorme, grande, con un solo ojo y tiene un brazo provisto de tentáculos.

Eddie Miller se miró los brazos.

—Teniente, ¿me ve dos brazos?

—Sí.

—¿Dos ojos?

—Sí.

—¿Nota algo extraño en mi?

—No noto nada extraño en usted.

Mike dejó oír su voz:

—Teniente, acabemos de una vez con esto. Vamos al bungalow número 14 y verá que está quemado.

Lamont miró a Miller.

—¿Tiene inconveniente, señor Miller?

—Sí, lo tengo.

—¿Por qué?

—No me gusta que la policía se mezcle en mis negocios cuando yo cumplo las leyes y los reglamentos.

Nancy exclamó:

—¿Lo ve, teniente? Se quiere oponer a que veamos el bungalow porque el *living* debe estar abrasado.

Lamont se tironeó de una oreja.

—Señor Miller, lo siento, pero quiero ver ese bungalow.

—Como usted quiera.

Mike dijo:

—Yo tengo la llave.

Nancy, Mike y los tres policías caminaron hacia el bungalow número 14.

El teniente Lamont dijo:

—Exteriormente no se nota que haya habido aquí un incendio.

—Espere a ver el interior.

Lamont abrió la puerta y entraron en el bungalow.

Nancy y Mike quedaron asombrados. El bungalow estaba completamente normal.

Lamont observó el living y dijo:

—¿Quién encendió aquí un fosforito, Mike?

—¡Yo encendí dos para arrojarlos contra el bicho!

—¿Y dónde están los restos del bicho?

—Se debió extinguir.

—Pero ustedes dijeron que se pegó fuego al techo y yo no veo la menor huella del incendio. Ni siquiera está tiznado por el humo. ¿Qué respuesta me van a dar ahora?

—La única posible. Ellos arreglaron el bungalow antes de que nosotros llegásemos.

—De modo que se pusieron a trabajar y en una hora pudieron cambiar una habitación por otra.

—Sí, teniente.

—Quise por una vez seguirles la corriente. ¡Pero ya me harté de todas sus estupideces!

—¡No son estupideces, teniente! —protestó Nancy.

—Ande, dígame lo que tengo que ver ahora, señorita Palmer. ¿Qué extraño ser va a aparecer por la puerta? ¿Un caballo con una sola pata? ¿O será un anciano del tamaño de un hipopótamo?

Nancy estaba desmoralizada. Se apoyó en el brazo de Mike.

—Es imposible luchar contra «ellos», Mike. Nos han ganado.

El teniente Lamont sacudió la cabeza.

—¿Recuerda el pacto? Si aquí no había pasado

nada, vendrían conmigo al hospital de Oceanside.

—No hablará en serio —dijo Nancy.

—Sí, señorita Palmer. Hablo muy en serio. Ustedes dos están enfermos. Fue lo que dijo el doctor Colman. Están bajo los efectos de una psicosis emocional desencadenada.

—Paparruchas —dijo Mike.

—¿Quiere saber más que un psiquiatra?

—Yo sé lo que pasa aquí mejor que un psiquiatra, teniente.

—Dije que habíamos terminado el asunto, y lo hemos terminado de una vez por todas. ¿Lo oye, Mike? Ustedes dos van a volver conmigo al hospital de Oceanside.

—Si volvemos con usted a Oceanside, todo se habrá perdido para la Humanidad.

—De acuerdo, muchachitos —ironizó Lamont—. No tenemos salvación. Todos los seres humanos, empezando por Joe y por Bill, seremos hipnotizados. Y va a ser muy trágico convertirse en muñecos de extraños seres llegados de otro planeta. ¡Pero ustedes van a esperar ese momento en la sección de enfermos mentales del doctor Colman!

—¿No va a cambiar de idea?

—No, y será mejor que no se resistan.

—Está bien, teniente. No nos resistiremos.

Nancy protestó:

—Mike, ¿qué estás diciendo?

Mike miró a Nancy y le guiñó rápidamente un ojo.

—Cariño, hemos jugado y hemos perdido. ¿Qué le vamos a hacer?

Nancy no supo lo que Mike se llevaba entre manos. Pensó que quizá él intentaría fugarse.

Salieron del bungalow.

—Caminen delante de mí —dijo Lamont.

Los dos jóvenes fueron otra vez hacia donde estaba el auto de los policías.

Eddie Miller seguía en el porche de la oficina.

—¿Descubrió algo anormal, teniente?

—Todo está en perfecto orden, señor Miller. Perdone que le hayamos molestado.

Eddie Miller tenía una extraña sonrisa en los labios cuando miró a Nancy y a Mike.

Y de pronto, Mike Morgan lo hizo. Prendió un fósforo en la caja que ya tenía preparada en la mano y lo arrojó contra Eddie Miller.

CAPÍTULO XIV

El fósforo encendido chocó contra Eddie Miller.

Se produjo un fogonazo y el hombre del registro quedó envuelto en llamas.

Lamont gritó:

—¡Está loco, Mike! ¿Qué es lo que ha hecho?

—¡Vea eso, teniente!

Eddie Miller estaba soltando un rugido espantoso.

Se movió hacia el interior de la oficina, pero sólo dio tres pasos y no alcanzó la puerta.

Eddie Miller se estaba consumiendo. Su piel se aviejaba rápidamente bajo los efectos del fuego.

—¡Dios mío! —exclamó Bill—. ¿Qué significa esto?

Lamont se había quedado sin habla.

Eddie Miller se debatía entre espantosos alaridos y su tamaño se iba reduciendo poco a poco.

Nancy, sobrecogida, se abrazó a Mike.

Lamont estaba con la boca abierta observando aquello. Ya quedaba muy poco de aquel extraño ser y de pronto se extinguió todo y no quedó de él nada, ni siquiera cenizas.

—¿Qué dice ahora, teniente? —preguntó Mike.

Lamont miró hacia los bungalows. No vio a nadie.

—Usted dijo que los demás bungalows estaban ocupados por estos extraños seres de ojos verdes.

—Sí, teniente.

Lamont se volvió hacia sus subordinados.

—¿Lo visteis, muchachos?

—No me he perdido ningún detalle —dijo Bill.

—¿Y tú, Joe?

—Yo todavía no estoy convencido de no estar en mi casa durmiendo.

La oficina se abrió dando paso a un hombre de ojos verdes.

—Todo el mundo quieto —dijo—. ¡Miren a mis ojos!

Nancy gritó:

—¡No lo mire, teniente!... ¡No lo mire!

Mike tampoco lo estaba mirando pero el aviso había llegado demasiado tarde para los dos inspectores y el teniente porque estaban mirando a los ojos del extraño ser, unos ojos que ya no eran verdes, sino castaños, y ahora se estaban convirtiendo en azules

—Ustedes obedecerán mis órdenes.

Nancy seguía gritando mientras miraba al suelo.

—¡No obedezca, teniente! ¡No obedezca!

Mike también gritaba:

—¡No le hagan caso o serán hipnotizados!

Lamont, Bill y Joe ya no eran libres para elegir.

El extraño ser les estaba transmitiendo sus órdenes.

—Ustedes sólo harán lo que yo les diga... Absolutamente todo lo que yo les diga. Yo seré quien les dé las órdenes, y ustedes las obedecerán.

Mike tiró de Nancy.

Los dos echaron a correr, pero Nancy, al levantar la mirada, gritó:

—¡Mike!

Delante de ellos había tres hombres de ojos verdes que les cerraban el paso.

Dieron media vuelta para pasar por el otro lado, pero otros tres hombres estaban allí para impedirles la

fuga.

El hombre que estaba en el porche, el que había hipnotizado a los policías, dijo:

—Ustedes nos han puesto las cosas muy difíciles, pero ya han sido vencidos.

Sus ojos eran otra vez verdes como los de los demás.

Sin embargo, el teniente Lamont y los dos policías estaban inmóviles, como si se hubiesen convertido en estatuas. Nancy gimió por lo bajo:

—Mike, ahora ya no podremos hacer nada.

CAPÍTULO XV

Habían sido conducidos a una gran sala subterránea, justo debajo de las oficinas del motel.

Allí estaban todos los seres de ojos verdes.

Los tres policías estaban junto a la pared mirando a un punto indeterminado de enfrente porque seguían hipnotizados.

Mike y Nancy vieron la máquina. Era muy parecida a un detector de radar.

—Soy el presidente —dijo el hombre que ya conocían, el que había hipnotizado a los tres policías.

—¿Presidente de qué? —preguntó Mike, por ganar tiempo.

—De la Galaxia Amarilla.

—No sé dónde cae eso.

—Estamos a varios millones de años luz de ustedes.

—¿Y cómo pudieron llegar aquí?

—Ustedes no tienen la suficiente inteligencia para comprender cuáles son nuestros medios de penetración. Gracias a nuestra ciencia, somos más rápidos que la luz.

—¿Qué van a hacer con esa máquina?

—Nos va a servir para dominar a los habitantes de este planeta. La hemos empleado con éxito en otros lugares.

—¿Por qué entonces vinieron a la Tierra, si ya la emplearon con éxito?

—La máquina respondió en otros planetas, pero nos encontramos con que no nos era posible vivir en

ellos. Fuimos emigrando de un lugar a otro, hasta que encontramos la Tierra. Y es aquí donde nosotros podemos establecer nuestro nuevo hogar.

—¿Por qué no nos pidieron por favor un lugar para vivir en nuestra Tierra? Nosotros somos muy comprensivos y les habríamos echado una mano.

—No, señor Morgan. No podemos creer semejante cosa de los humanos. Además, ustedes y nosotros somos demasiados para un planeta tan pequeño. Ustedes o nosotros estamos de sobra y, por lo tanto, ustedes son los que deben desaparecer.

—Nancy me dijo que no nos harían desaparecer…

—Sólo dejaremos vivos a los que necesitemos como obreros.

—Como esclavos, querrá decir.

—Da lo mismo, señor Morgan.

—¿Cuándo llegarán los otros?

—En cuanto hayamos producido la hipnosis general, haremos la llamada.

—¿Y qué pasaría si no hiciesen la llamada?

—Significaría que nuestro grupo de asalto había fracasado y nuestros hermanos no vendrían. Hay más grupos de asalto dedicados a buscar otros planetas. Si nosotros fracasásemos, la invasión de la Tierra sería abandonada.

Un hombre se acercó.

—Todo preparado, señor presidente.

El presidente se trasladó a una especie de computador, e instantáneamente apareció una pantalla en la pared, con una vista de Nueva York. Veían a los coches circular, las gentes en las aceras. Era Times

Square.

El presidente dijo:

—Ahí tienen la ciudad más importante del globo. Seguiremos la hipnosis a través de esta pantalla. Lo qué pase en Nueva York estará pasando al mismo tiempo en esas otras ciudades que ustedes llaman Londres, París o Moscú. Y también estará pasando en los lugares más apartados del planeta, en el Polo Norte, en el desierto. En cualquier parte, que se encuentre un ser humano él oirá la voz que llegará del cielo. Una voz que para ellos será misteriosa. Pero yo seré quien les hable y les produzca la hipnosis.

Nancy cogió la mano de Mike y la apretó con fuerza. Trataba de darse ánimos a sí misma.

—Señor presidente —dijo Mike—, ¿cómo pueden recoger ustedes la imagen?

—Por medio de un satélite. Eso también lo saben hacer ustedes.

—Oh, sí, estamos muy adelantados, aunque no tanto como ustedes.

—El presidente hizo una señal.

—Conecten la máquina.

Uno de aquellos extraños seres con figura humana movió una palanca en un tablero de mandos.

La máquina se iluminó y empezó a emitir un zumbido que a Nancy le recordó el de aquella ventosa.

Tanto Nancy como Mike pudieron comprobar en la pantalla que aquel zumbido se estaba escuchando en Nueva York. Las gentes que caminaban por la acera empezaron a detenerse y a mirar hacia el cielo.

Los vehículos también se detuvieron y los hombres

salían de ellos y también miraban al cielo.

Entonces el presidente habló:

—¡Terrícolas!

Aquella voz produjo una gran conmoción entre las personas que se encontraban en la plaza de Times Square, de Nueva York.

—¡Terrícolas, os habla el presidente del Gran Consejo de la Galaxia Amarilla! ¡Os ordeno que miréis hacia aquí! ¡Nadie se resistirá!

Mike sacó la pistola de la que había despojado al teniente Lamont y que había guardado hasta entonces en un bolsillo.

Sin pestañear, disparó contra la máquina que debía producir la hipnosis.

Para ese entonces, las personas que se veían en la pantalla estaban completamente inmóviles, como si hubiesen perdido la voluntad y miraban fijamente al cielo, de donde les llegaba aquella voz impresionante.

Morgan siguió disparando.

La máquina produjo un segundo estampido y quedó envuelta en las llamas.

También explotó la pantalla.

—¡A correr, Nancy! —dijo Mike.

El presidente estaba convertido en una pura tea y soltaba alaridos y ninguno de sus congéneres podían ayudarle porque todos ellos eran presa del fuego.

Nancy y Mike, retrocediendo, llegaron ante el teniente y los dos policías, que ahora recuperaron el conocimiento.

—¿Qué pasa? —dijo Lamont.

—¡Vamos, teniente! ¡Salgamos de aquí y se lo

contaré por el camino!

La atmósfera se había llenado con los chillidos infrahumanos de los extraños seres que se consumían entre las llamas.

Nancy, Mike y los policías salieron de aquella casa.

Todo el motel *Meredith* estaba ardiendo, desde una punta a otra, y seguían oyéndose los aullidos que venían de la profundidad.

Nancy y Mike y sus acompañantes se detuvieron y contemplaron el incendio. Los gritos iban cesando poco a poco, hasta que no se oyó ninguno.

—Teniente —dijo Mike—, ya acabó todo, y si tiene alguna duda de lo que ha pasado, pregunte a cualquier persona lo que ha oído a las nueve de la noche. La voz llegaba del cielo y decía: «Terrícolas, os habla el presidente del Gran Consejo de la Galaxia Amarilla».

Lamont sacudió la cabeza.

—Les pido perdón a los dos. Tenían razón, pero no sé si los demás humanos se darán cuenta de lo que ustedes han hecho.

Mike dio un suspiro.

—No tengo tiempo para convencer al mundo, teniente. Tengo que repartir mis tomates —guiñó un ojo a Nancy—. ¿Me acompañas? Hay sitio para ti en mi camión.

—¿Y qué haremos cuando entregues los tomates?

—Estaba pensando en que tú y yo podríamos asociarnos.

—¿En el negocio del transporte?

—Y en el otro negocio —dijo Mike.

Nancy se puso de puntillas y echó los brazos al

cuello de Mike, y él la estrechó contra sí y sus labios quedaron unidos en un largo beso.

F I N